

RETORNO AL PARAISO

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN

ESPACIO

RETORNO AL PARAISO

por

LOUIS G. MILK

Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.



calibre 1.48.0

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

I M P R E S O E N E S P A Ñ A

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 12, BARCELONA

E S P A C I O

TÍTULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión “X"

9 Planetoide 2.012

10 “Ellos”

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los nombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Elia, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F. B. I contra Marte

30 El camino sin fin

31 ¡S.O.S., Plutón!

32 Retorno al Paraíso



CAPÍTULO PRIMERO

El cielo, en el horizonte, estaba teñido de un vivo color rojo, cuyos resplandores se extendían a gran distancia, pero no eran los tonos del ocaso solar. No podían serlo porque en Athenia, decimooctavo planeta de la Novena Galaxia, el sol no se ponía nunca. Tampoco molestaba su eterna luz, ya que era del tipo Tierra menos 3. En todo caso, parecía reinar allí un suave y constante crepúsculo que durante la vida había predispuesto a sus moradores a una maravillosa tranquilidad de espíritu; a una plácida contemplación de la existencia; a una dulzura cerebral, que había hecho llamar a Athenia el Elíseo del Universo. Temperatura constante; vegetación frondosísima y perfumada, sin plantas dañinas; animales de extrañísima morfología, algunos de ellos con inteligencia superior a la humana, pero sumamente pacíficos;

acuáticas extensiones enmarcadas entre paisajes de insuperable belleza; ciudades que parecían salidas de las mentes de los dibujantes de cuentos de hadas; una profunda comprensión; amabilidad, simpatía y cortesía por doquier; tales eran las cualidades que reunía Athenia, XVIIIº Planeta de la IXª Galaxia, Rey de la Paz Universal, envidiado por todos los demás celestes, y ahora envuelto en los horrores de una sangrienta e implacable revolución.

No. No eran los rojizos resplandores que se divisaban en el horizonte los que indicaban la cotidiana muerte del astro rey; no indicaban el anuncio del término del día de trabajo y el comienzo de la noche dedicada ai descanso. No. Los rojizos resplandores indicaban precisamente lo que eran: fuego. Y las llamas brotando entre la sangre.

Por primera vez en la historia hipersecular de Athenia el fuego significaba algo siniestro, en vez de una cómoda ayuda a la lucha por la existencia. No significaba calor y vida, sino todo lo contrario: sangre y muerte tras la destrucción.

Ardían los edificios violentamente y sus llamas alcanzaban el cielo, convirtiéndose en negrísima humareda en el final. Bandas armadas con los más diversos instrumentos de muerte recorrían las en otro tiempo plácidas calles de Nueva Filadelfia, degollando y matando sin cuartel. Hombres, mujeres y niños, todos eran devorados por el turbión rojo, cuyo siniestro color embriagaba a los asesinos.

—¡…A las armas, ciudadanos de Nueva Filadelfia! ¡A las armas! ¡Muerte y fuego sobre los terrestres! ¡Sacudámonos el dominio de nueve siglos exterminándolos hasta la raíz! Que mueran los hombres; que perezcan las mujeres; que los niños sean aplastados antes de nacer siquiera… Que las llamas que purifiquen los orgullosos edificios de los dominadores señalen el comienzo de una nueva aurora de independencia… Circonia, Selene IV, Ptolomeia.. Todos los planetas de la IX Galaxia están unidos en la común empresa: el lograr la total y absoluta independencia… ¡Athenia, atención! Fuego y sangre contra el dominador que nos ha tenido sumidos en la más abyecta esclavitud durante novecientos años… Desde la Primera a la Decimotercera, todas las Galaxias se están sublevando contra el multisecular dominio de ese orgulloso planeta que es la Tierra, dominio que ya toca a su fin…

Colin Webster se acercó al aparato que reproducía la voz de un invisible locutor situado a varios años-luz de distancia, clamando contra los terrestres y cerró el interruptor. Luego se acercó a Danya, su esposa, que sostenía un niño de corta edad en brazos, el cual, indiferente a los ríos de sangre que ya surcaban la superficie de

Athenia, dormía plácidamente. La mujer estaba pálida, pero su ánimo no flaqueaba todavía. Tenía a su esposo al lado. Sin embargo, no pudo por menos de evitar el hacer una interrogante:

—Colin, amor mío, ¿qué va a ser de nosotros?

No había ningún rastro de optimismo en la voz del hombre al contestar:

—No lo sé, querida; supongo que nos será muy difícil salir con vida de esta caótica situación provocada por las alucinadas mentes de unos cuantos irresponsables. Nunca, y tú lo sabes tan bien como yo, ha habido la menor tiranía del Gobierno de nuestro planeta. Jamás los athenios, y me refiero igualmente a los habitantes de otros mundos, han vivido mejor que ahora, cuando los recuerdos de la barbarie en que estaban sumidos y de la que fueron sacados por nuestras expediciones colonizadoras, se pierden literalmente en la noche de los tiempos. Con la sangre pasa exactamente igual que con el vino: cuanta más se vierte, cuanto más se bebe, más se quiere, y esta revolución no tendrá fin en tanto todos nosotros y nuestros hijos hayamos perecido por la espada.

Danya tenía unos cabellos rubios inconfundiblemente terrestres. Sus ojos azules miraron sin el menor temor al varonil rostro de su marido.

—Yo no tengo miedo. Son cinco años de una ininterrumpida felicidad los que han transcurrido a tu lado, y cada minuto ha sido para mi un motivo de alabanza al Señor que me permitió tal dicha. Pero, Colin, ¿qué será del pequeño Colin si nosotros faltáramos? Morir contigo no me importa. Lo horrible sería vivir sin ti. El niño...—y los sollozos que hubo de contener valerosamente la interrumpieron la frase. Procuró tragarse las lágrimas y sonrió a su esposo.

El hombre pasó el brazo por el talle de la mujer. Empujándola suavemente la acercó al ventanal, procurando disimularse detrás de una cortina semitransparente. Los rostros se les enrojecieron cuando dio en ellos la fatídica luz de los incendios. Un confuso rumor subía desde la calle, a pesar del perfecto aislamiento sónico de las paredes. Masas de gente corrían de un lado a otro, gesticulando, gritando como poseídos, aullando enloquecidos.

Colin descorrió un tanto la mampara transparente: apenas un par de centímetros. Lo suficiente para que los trágicos ruidos de la calle adquirieran un descifrable sentido.

Un extraño vehículo, provisto de megáfonos en su parte superior se

abrió paso entre la densa muchedumbre: era un giróscopo monorrueda que, en terreno despejado podía alcanzar velocidades enormes. La última técnica terrestre en transportes no voladores. En su interior el locutor vociferaba estas palabras:

—*¡Athenios, si no tenéis armas, dirigios al Museo de la Guerra! ¡Allí las encontraréis de todas las edades! ¡Matad, incendiad, exterminad todo rastro de dominación terrícola!*

Los aullidos se fueron disipando cuando el vehículo se alejó. Una fuerte ondulación sacudió la enfebrecida masa. Muchos marcharon en la dirección indicada; otros prefirieron quedarse con la tarea más cómoda: la del saqueo y el incendio. Había una poderosa razón para ello. Los terrestres también sabían matar en su defensa y no pocos de los athenios sublevados contra una dominación inexistente, en todo caso extremadamente suave y benévola, habían caído bajo las descargas de quienes defendían su propia vida y la de sus mujeres e hijos.

—No podemos continuar aquí, Colín. En cualquier momento se darán cuenta de que éstas son

las Oficinas del Transporte Intersideral y las asaltarán para destruirlas — sugirió Danya.

—Es cierto — repuso el hombre—mas todavía no lo han hecho. Estoy aguardando un momento de relativa calma que nos permita mezclarnos con la multitud sin ser reconocidos como terrestres.

—Podríamos vestir ropas athenias... — indicó ella, pero Colín denegó.

—¿Dónde las hay, querida? Quizá el simple hecho de vestir de diferente manera haya sido lo que más ha influido en la revolución. En todas las Oficinas no encontrarás un centímetro de tela fabricada en Athenia. ¡Maldita precaución...! —renegó, apretando los puños. Contra los quinientos o seiscientos millones de athenios habría un par de millones de terrícolas o descendientes de quienes nacieron en la Tierra y que, aunque mezcladas sus diferentes sangres, siempre habían conservado intacto el orgullo de su ascendencia. Los terrestres podrían matar muchos athenios, pero una cosa había absolutamente segura, y era que todos, ineludiblemente todos, acabarían por sucumbir.

Una mujer, aullando empavorecida, desmelenada, rasgadas las ropas, con un niño en brazos, cruzó repentinamente la calle. Alguien gritó señalándola. Decenas de garras se tendieron hacia ella. Se formó un remolino agitado, temblequeante. Cuando el turbión se dispersó, no

quedaban en el suelo más que dos irreconocibles cadáveres, convertidos en una sangrienta pasta, pisoteados, tundidos, aplastados por aquellas furias.

Danya lanzó un gemido y volvió el rostro. Colin apretó los dientes. Y en aquel momento se volvieron a escuchar de nuevo los bramidos de los altavoces: el monorrueda volvía.

Volvía repleto de gente, dentro y fuera. Todos ellos agitaban armas de diferentes épocas. Desde la prehistórica jabalina al fusil desintegrante. Y entremedio arcos y flechas, lanzas, mosquetes, pistolas ametralladoras y granadas de mano. Detrás, un extraño rumor que hizo abrir los ojos a Colín. No daba crédito a lo que percibían sus tímpanos.

Tuvo que rectificar cuando vio, por el extremo de la calle, un extraño artefacto: un carro de asalto, perteneciente a la llamada II Guerra Mundial, que concluyera en 1945, precisamente el Año Atómico, iniciador de las posibilidades de la navegación espacial. Pero su cañón disparaba granadas corrientes, también halladas en el Museo de la Guerra con que los tontos terrícolas, para imbuir en los athenios el horror a los conflictos armados, habían obsequiado a Nueva Filadelfia, en el sexto centenario de su fundación, de ello ya hacía tres siglos. Tras el tanque, que rodaba pesadamente, zigzagueando a causa de la impericia de su conductor, venían un par de “jeeps”, ocupados cada uno de ellos por cuatro o cinco revolucionarios, equipados con las más dispares armas. Desde luego, ninguno de los pilotos hubiera ganado ninguna carrera.

Un repentino griterío estalló en una de las calles adyacentes. Media docena de personas, entre las cuales se contaban un par de mujeres jóvenes, todos vestidos de acuerdo con la moda terrestre, esto es, camisa de manga corta y pantalones por encima de la rodilla, ellas con breves faldellines, salieron a todo correr en dirección al Boulevard del Sistema, en el que se encontraban Colín y su familia. Algunos de los terrícolas portaban armas desintegrantes; otros, pistolas que lanzaban los temidos rayos UF, capaces de arrasar un regimiento entero. Pero los artilleros del tanque los vieron antes y el cañón de 88 centímetros escupió una llamarada. La detonación vibró violentamente.

Un segundo estampido pudo escucharse apenas hecho el disparo. La granada había estallado a veinte metros del acosado grupo. Una de las jóvenes se desplomó al suelo. Un casco de metralla la había decapitado y su sangre enrojeció el suelo. Dos hombres fueron arrojados, aunque uno de ellos consiguió incorporarse. Era

precisamente el que tenía el lanza-rrayos.

Todavía de rodillas apuntó y disparó. Su gesto fue simultáneo con el del artillero del carro de asalto y produjo dos efectos bien distintos.

La granada alcanzó de lleno al terrestre, que se disolvió en un fogonazo deslumbrante. A Colin le pareció que jamás había existido aquel hombre. Pero en aquel mismo momento el rayo UF causó los estragos propios de su naturaleza..

Abrió ancha calle entre la multitud apiñada que había celebrado con grandes risotadas el éxito del primer disparo. Quemando cuerpos, fundiéndolos como si fueran blanda cera, alcanzó al tanque que se convirtió en una masa de hierro al rojo vivo, para, al segundo siguiente, transformarse én un infierno de metal fundido que abrasó a cuantos no habían sido alcanzados directamente por el mortífero rayo. Ayes y gemidos de dolor se elevaron estrepitosamente, dominando las exclamaciones Jubilosas, mas aún no había terminado los destrozos la descarga, porque alcanzó uno de los "jeeps" que venían detrás y que se convirtió en un charco de metal líquido. El otro coche zigzagueó violentamente para evitar meterse de bruces en la destrucción.

Los terrícolas fueron bien pronto rodeados por la ululante multitud. Con sus anticuadas armas de combustión química causaron una tremenda mortandad, pero los athenios que habían asaltado el Museo de la Guerra también las tenían y muy pronto sólo quedó una de las muchachas defendiéndose tenazmente con una pistola ametralladora que, soltando centenares de proyectiles, parecía una cosa viva entre sus manos. Un ancho círculo de cadáveres quedó ante ella y, durante unos segundos, pareció que el campo quedaba por suyo.

Pero en aquel mismo momento, el "jeep" que quedaba arrancó violentamente, rebotando espantosamente al pasar por encima de los cuerpos caídos. Uno de los que lo montaban tenia una larga lanza, recuerdos de las campañas yanquis contra los pieles rojas y echó el brazo hacia atrás.

El aguzado palo quedó vibrando al atravesar aquel esbelto cuerpo. La joven abrió mucho los ojos y, soltando el arma, se agarró con las dos manos a la lanza, al mismo tiempo que profería un alarido de bestia, herida de muerte. Sus esfuerzos por arrancarse el arma fueron inútiles, y, en aquel instante, el vehículo pasó por su lado.

Agarrado al parabrisas había un athenio. Éste no llevaba lanza, pero, sí tenía un "flissa" tuareg, que manejó con singular habilidad. La

cabeza de la muchacha voló por los aires al ser separada del tronco y sus dorados cabellos resplandecieron durante una décima de segundo en el fulgor del incendio. El cuerpo decapitado se mantuvo un instante en pie y al fin se derrumbó. Los gritos de júbilo estallaron victoriosamente. La multitud comenzó a dispersarse, ebria de satisfacción, sin reparar siquiera en sus propias bajas. Los muertos quedaron tendidos para siempre y aquel herido que no pudo moverse por sí mismo, también fue abandonado impíamente.

Colin comenzó a suspirar satisfecho al ver que el Boulevard del Sistema comenzaba a aclararse el gentío.

— ¡Pobres locos!—exclamó Colin, conmiserativamente—. Creen que se liberan de una esclavitud, cuando lo que hacen es, realmente, caer en otra muchísimo peor. Aquellos a quienes elijan por gobernantes, si no se eligen ellos mismos, serán infinitamente peores que cualquiera de los delegados enviados por la Tierra. El mando se les subirá a la cabeza; el poder les embriagará y…

—Colin, querido — le interrumpió su mujer suavemente—. ¿No sería mejor que, en vez de hacer disquisiciones sobre un futuro que no nos interesa lo más mínimo y que aún dista bastante de nosotros, te preocuparas de otro futuro muchísimo más próximo y, por lo tanto, más acuciante? Me refiero a…

—Sí, ya lo sé, cariño — sonrió él acariciando con infinita ternura aquellos cabellos de oro tan amados—. Las aceras deslizantes estarán o bloqueadas o inútiles, y cualquier otro medio de transporte hasta el astropuerto será imposible de utilizar.

—¿El astropuerto has dicho, Colin? — inquirió la mujer estupefacta.

—Naturalmente, Danya. No pensarás que, si podemos largarnos de Athenia, nos vamos a quedar aquí. A estas horas, todo el planeta es un infierno de sangre y fuego. No habrá el menor refugio para ningún terrestre. Todos los que procedemos de “allá abajo” — allá abajo era para todos la Tierra—, estamos perfectamente controlados y registrados. Habrá habido tíos listos que hayan procurado respetar los archivos. Bastará que sospechen lo más mínimo para que hagan una consulta televisada a la sección más próxima de Identificación y… bueno, ¿para qué seguir, cariño? O robamos una astronave o nos quedamos aquí para sucumbir irremisiblemente. Antes dijiste que era la vida del niño…

—Basta, querido. Con lo último que acabas de decir tengo más que

suficiente. ¿Vamos?

Estaban en uno de los primeros pisos del edificio. Con infinita precaución bajaron por las escaleras, ahora inmóviles, antes suavemente rumorosas, repletas de gente que iba y venía a sus atrafagados negocios. Algunas descuidadas pisadas de los proscritos sonaron con lúgubres ecos en la inmensidad del desierto edificio.

Llegaron a la puerta. Todo su frente estaba absolutamente desierto. La casa paralela ardía por los cuatro costados, lo cual le hizo exclamar a Colín amargamente:

¡Si pesco al que dijo que el metiltileno trimolecular es incombustible, le meteré en una caldera repleta de su invento para que arda durante toda su vida! —de repente se echó a un lado, extendiendo protectoramente el brazo.

¡Cuidado, Danya! — siseó.

Un giróscopo monorrueda se acercaba. Parecía corno si su conductor no supiera conducirlo, pero cuando lo pudo observar a su placer se dio cuenta que llevaba una botella en la mano derecha. En la otra tenía descuidadamente la palanca de dirección y marcha.

Colín decidió arriesgarse.

—¡Eh! — agitó la mano, llamando la atención del embriagado athenío. El hombre lo miró con turbios ojos y frenó, disparando el equilibrador antigravitatorio. Colin se le acercó de un salto, abriendo la portezuela del vehículo, apenas a veinte centímetros del suelo.

—...¡Usted es un terrestre!—dijo el athenio acusadoramente.

—¡Claro que lo soy! —exclamó Colin alegremente—, ¿Quién lo niega? ¡Vamos, amigo, déme un trago!

—Yo no doy de beber a cochinos...—replicó el athenio, quien, sin darse cuenta de que se vertía el licor sobre sí mismo, alzó la botella por el gollete, dispuesto a golpear al osado terrícola que le ofendía tratando de beber con él. Pero el atrevido extendió su mano que hizo presa en la botella y tiró de la misma con violencia.

Colin se dispuso a acabar con el borracho.

El athenio tenía demasiado licor en el cuerpo para que hiciera una resistencia eficaz. Aunque sus dedos sostuvieron unos instantes el

envase, a la postre pasó a poder de Webster. El tirón hizo vencerse al athenio hacia adelante. Colin lo ayudó a caer, estrellándole en la nuca la botella. Sintió un insano placer, y le pareció que vengaba a los dos millones de terrestres que habían muerto o estaban a punto de serlo. Luego llamó a su esposa.

Se acomodaron en el interior del vehículo y arrancaron. El monorrueda dio un salto y Danya miró estremecida a su marido. Harto sabía lo que acababa de ocurrir: el borracho había sido aplastado. Pero no vio en los ojos de Colín ninguna compasión, sino un firme deseo de sobrevivir a costa de quien fuera.

El artefacto adquirió toda su velocidad. Por todas partes se cruzaba con grupos de gentes que, aún convertidas en fieras sin ley, continuaban su destructora labor de matanza y pillaje. Atropelló algunos y tras él quedaron las maldiciones proferidas.

Diez minutos después, fuera ya de la ciudad incendiada en plena autopista hacia el espaciopuerto, se tropezaron con un grupo de gente armada que sin duda hacía el control. Colin conectó el visor telescópico y la pantalla le trajo a la vista la certeza de que solamente tenían simples armas de fuego. Conectó el dispersor y echó a fondo la palanca que servía a1 mismo tiempo para la velocidad y dirección. El monorrueda dio un salto al alcanzar el límite de su potencia.

Vio una serie de llamitas que indicaban que hacían fuego contra el coche. Pero igualmente apreció el rebote de las balas contra la pantalla protectora. En el indicador de impactos aparecieron una serie de puntitos amarillentos, correspondiente cada uno a un balazo. Sin embargo, se echó contra la patrulla de athenios con furia indescriptible.

Arrolló unos cuantos, despedazándolos. Cuerpos y miembros sangrantes salieron por los aires. Danya gimió y hubo de cerrar los ojos cuando una mano sangrante, privada de su miembro, quedó pegada contra el parabrisas. Colin puso en marcha la escobilla y la macabra imagen desapareció al instante.

También había rojizos resplandores en el astropuerto. Pero estaba vacío. Apenas si se veían algunos especialistas, pilotos, navegantes, mecánicos que habían juzgado oportuno el abstenerse de toda manifestación hostil. Pero eran los menos. Sin embargo, en el fondo de sus ánimos latía hostil, el odio a todo lo terrestre, y fue demostrado apenas se dieron cuenta de las intenciones de Colin. Intentaron oponerse a su paso, pero a aquél le bastó ampliar el radio de acción

del dispersor para arrojar por los costados a los athenios, sacudidos por las potentes descargas eléctricas proyectadas a distancia. Aullidos de dolor se elevaron por los aires. El monorrueda continuó su camino hacia la astronave más alejada y que era la que les convenía: la que había estado a punto tíe partir hacia la Tierra una semana antes y cuya marcha se había visto inevitablemente diferida a causa de los violentos sucesos a cuya culminación estaban llegando.

Se metió con Danya y el niño en el ascensor que los llevó a la cámara de espera. Pasó a la sala de pasajeros, diciendo:

—Vendrás conmigo a la cabina de control y...

Un hombre se le echó encima, rugiendo. Llevaba una barra de acero en la mano.

—¡Maldito terrícola! — y alzó su brazo.

Colin lo esperó a pie firme. Paró el primer golpe y luego retorció la muñeca armada que crujió lastimosamente. El hierro rebotó metálicamente y Webster no dudó un solo segundo. Lo hizo pasar a su mano y cuando ésta descendió, un sordo ruido de huesos fracturados fue el anuncio de que un athenio acababa de pagar con su vida la serie de crímenes cometidos por sus compatriotas. Quizás él mismo había asesinado a los pilotos de la Tierra, se dijo Colin a guisa de consuelo, sentándose ante la mesa de mandos. Danya ya estaba a su lado y le reconfortó con una pálida sonrisa que fue para el hombre premio más que suficiente.

Lá nave despegó de aquel ensangrentado planeta y se sumergió en la negra oscuridad del espacio sin fin.

CAPÍTULO II

—¡Quieto! ¡Eh! ¡Uy...! ¡Ay, que me haces daño! ¡Bestia! ¡Oh! ¡No seas animal, “Tizón”! ¡Que me aplastas...! ¡Ay...!

El último grito fue cortado cuando Colin Webster fue tomado por los brazos delanteros del Bogo, la extraña bestia exápoda y precipitado en las tranquilas aguas del lago, cuyo espejo se rompió en multitud de

irisadas gotas. Rompiendo los círculos concéntricos que se habían formado, la cabeza del muchacho apareció en la superficie, ganando la orilla en cuatro potentes y bien medidas brazadas. Se puso en pie, sacudiéndose como un gozquecillo y luego se echó hacia atrás los rubios cabellos mojados. Después aplicó un fuerte puntapié en una de las patas de la bestia, de cuya garganta salió un sonido cloqueante, remotamente parecido a una humana carcajada.

Aquello enfureció más al muchacho y, agachándose cogió una gruesa piedra que arrojó contra uno de los flancos del horrible ser. Pero la pata posterior cogió al vuelo el proyectil y sus increíbles dedos la trituraron en una décima de segundo, arrojando luego el polvillo resultante contra Colin, que se inclinó para evitarlo.

—“Tizón”, te mereces una gran paliza —dijo, acercándosele lentamente. Su cuerpo esbelto, dorado por el sol, parecía el de un dios pagano. A excepción de un breve pantaloncito, no llevaba encima otra prenda de ropa. Su actitud era de felina indolencia.

El muchacho continuó:

—A veces me hago una pregunta, “Tizón”. ¿Eres un hombre o un animal?

El Bogo, uno de los mejores ejemplares de su raza, de piel más oscura que el resto de sus congéneres, contestó indiferentemente:

—En vuestro lenguaje tenéis un refrán que dice: “Que todo es según el color del cristal con que se mira”. Para nosotros, los Bogos, eres tú el animal y nosotros somos los hombres; es decir, los seres de inteligencia superior…

—“Tizón” —Colin le había aplicado el nombre a causa de su peculiar pigmentación epidérmica—, ¿acaso me estás llamando asno?

—Hombre, quizá, quizá — replicó burlonaménte el Bogo. Se sentó sobre sus patas traseras, en una postura indescriptible y luego su mano derecha número dos se alargó inconcebiblemente, apoderándose de un racimo de “nephas”, un fruto en forma de racimo de uva, que desapareció en un santiamén en la enorme boca del animal. ¿Animal? ¿Persona?

Su morfología no era humana ciertamente. Tenía unos tres metros de altura del suelo al lomo, por cinco de longitud. Recordaba vagamente un hipopótamo terrestre, pero dentro de su rarísima conformación, ofrecía una estampa infinitamente más esbelta, cosa demostrada por la

rapidez de sus reacciones móviles. Tenía dos pares de brazos, que también le servían de patas, terminados cada uno en una especie de mano de siete dedos, que más parecían tentáculos, movibles a voluntad en todos los sentidos. En lo que hubiera debido ser palma de la mano, tenía un círculo que aparecía de color rosado cuando se echaba a un lado la protectora membrana de piel y que no era otra cosa que una vulgar ventosa, pero de un poder infinito de aspiración, sin embargo. Las patas eran idénticas a los brazos, aunque un tercio más robustas en su grosor, y si Colin, en su subconsciente y en sus relaciones con los Bogos las denominaba de tal forma, era únicamente por su colocación en aquel corpachón. Los brazos estaban en la parte delantera, muy juntos de cada lado por los costados, en tanto que, entre el segundo y el tercer miembro, había un espacio de dos metros largos.

Bogo miró con su ojo izquierdo a Colin. Su cabeza era también más esbelta que la del hipopótamo, semejando la de un equino, pero sin sus orejas. La boca no era desmesurada para su colosal tamaño y a Colin, con el tiempo, había llegado a parecerle de adecuadas proporciones. El cuerpo del Bogo, en general, era de una increíble elasticidad y dureza, todo a un tiempo. Su aspecto era el de una bestia pesada y torpe, pero sus movimientos parecían convertirlo en una oscura mancha cuando saltaba, pasaba del reposo absoluto a los cien, kilómetros a la hora, moviendo agilísimamente sus seis miembros, en poco más de cinco segundos, cosa harto comprobada por el muchacho con la ayuda de un viejo cronómetro.

—Vosotros, los humanos, os habéis llamado a sí mismos los reyes del Universo, olvidando que en éste hay cientos, o acaso miles, de razas de seres infinitamente más inteligentes que la vuestra Y me parece, dejando la modestia a un lado, que yo soy una ínfima muestra de cuanto digo. — El lenguaje bogiano en que se desarrollaba el diálogo era rapidísimo, semejando un suave murmullo cloqueante. Sin embargo, “Tizón” podía gritar de tal manera que, a desearlo, hubiera saltado los tímpanos de su juvenil compañero de juegos. Pero la expresión de sus ideas era completamente terrestre.

—“Tizón”, eres un villano — se echó a reír el joven—. ¿Hablas de modestia, oh, hijo de un Korgo?

Los Korgos eran el multisecular enemigo de los Bogos y no podía haber insulto peor para aquel ser indefinible. Saltó sobre Colin y, aunque éste echó a correr, desarrollando una velocidad tremenda, gracias a los bien desarrollados músculos de sus piernas, lo atrapó muy pronto. Sus dos primeros brazos lo cogieron como si se tratara de

un muñeco y luego sé dirigió hacia el lago, en el qué le sumergió durante casi un minuto.

Lo extrajo, gruñéndole:

—Retira tus insolentes palabras, bichejo presuntuoso.

—¡Eres el hijo de un...! ¡Glubb...! —Colin se hundió de nuevo y cuando salió fuera por segunda vez alzó su mano en señal de rendición,— Retiro lo dicho, “Tizón”. Tu estirpe es la más clara y limpia de todas las razas del Universo.

—Así está bien —refunfuñó el Bogo, arrojando a Colin sobre el fresco césped. Pero no estaba enfadado, solamente lo simulaba y aquello era solamente una parte de sus juegos. El muchacho rodó como una pelota y luego se incorporó de un salto, ágilmente, irguiéndose majestuosamente al sol. Su figura esbelta, brillándole la piel a causa de la humedad, pareciendo una estatua de oro, dio toda la razón a sus orgullosas palabras, y Crilar, por mal nombre “Tizón”, Jefe Supremo de Todo el Pueblo de los Bogos, amigo de Colin Webster, hijo de Colin y Danya Webster, sintió un irrefrenable orgullo al contemplar la perfecta forma humana de su amigo y protegido. Suyo y de todos sus vasallos, pues no había un solo Bogo que no fuera amigo del joven.

El muchacho se acercó indolentemente a su amigo de forma animal:

—“Tizón”, pónme encima de tu lomo y vámonos de aquí.

—O. K. —respondió Crilar. Su brazo número dos, que era el primero de la izquierda, se estiró como una serpiente o como la trompa de un elefante y se enroscó en la cintura de Colin, que fue izado al lomo de Crilar con todo cuidado. Un par de órdenes a sus músculos superiores bastaron para que la piel se acomodara formando un confortable hueco en el que se acomodó el joven, tendiéndose perezosamente, con los brazos detrás de la nuca. El Bogo comenzó a correr a cuarenta kilómetros por hora, en un movimiento suave, que apenas si hacía estremecerse a su jinete.

—Oye, “Tizón”...

—¿Qué quieres, Colin? — el tercer ojo de Crilar echó a un lado su pantalla protectora de piel. Estaba en la parte de la cabeza, correspondiente a la nuca, y de haber sido posible fuera observado por otro terrícola que no se tratara del muchacho, aquél hubiera visto total y satisfactoriamente desarrolladas todas las teorías de los sabios de la Tierra acerca de la glándula pineal: el tercer ojo, amorfo en

algunos reptiles; un vago recuerdo en el cerebro humano.

El muchacho hablaba tan bien como su interlocutor el idioma hogiano. Salvo por el natural tono de su voz, debido principalmente a las diferencias morfológicas que había entre uno y otro ser, en sus respectivos órganos emisores de sonidos, nadie hubiera dicho que aquellas frases eran pronunciadas por un humano.

—Vosotros decís que, en la escala de las inteligencias del Universo, la del animal que se llama hombre no es de las más desarrolladas. La vuestra, por ejemplo, es infinitamente superior. Yo, desde luego, lo reconozco. Pero, suponiéndoos a los Bogos con un I. Q.[1] de los más elevados, ¿no es cierto que vivís una vida completamente animal? Vuestro I. Q., comparado con el terrestre, sería de 500 ó 600. Sin embargo, tú me dirás para qué os sirve.

—Es probable —replicó Crilar, sin dejar de mantener su uniforrrie medio galope—. Ahora dime una cosa, Colin. ¿De qué os sirve a vosotros vuestra inteligencia, también excelente, sino para manteneros, en un perpetuo estado de matanza y guerra? Desde que el Primer Hombre hizo su aparición en vuestro mundo, no pasó un solo día sin qué hubiera una muerte violenta. Creisteis que, con la conquista de los espacios interplanetarios primero, de los hiperespacios interestelares después, todo el temor a una conflagración bélica había desaparecido. La paz perpetua iba a reinar. ¿Cierto? No. Ni mucho menos. Durante unos cuantos siglos mantuvisteis una ficción de paz aparente, un temeroso “statu quo”, que cesó cuando estalló la Revolución Galáctica contra vuestro dominio terrestre, revolución que concluyó con los desastrosos resultados que no es necesario mencionar. ¿Nos alcanzaron, acaso, a nosotros, los Bogos, los efectos de tal revuelta?

—Bien, pero… —objetó débilmente Colin. Comenzada la discusión con “Tizón, se había sentado con las piernas cruzadas a la usanza oriental. El lomó de Crilar se había modificado automáticamente apenas sintió el cambio de postura de su jinete.

—No hay pero que valga, querido jovenzuelo—respondió el Bogo—. Nosotros vivimos, como tú muy bien dices, en un estado animal, en el que no necesitamos nada más. Cualquier cosa, animal, vegetal o mineral, nos sirve para nuestro alimento. La temperatura de este planeta, como tú ya conoces, es excelente. La lluvia no nos afecta y no necesitamos como tú, protegernos de este máximo accidente meteorológico de nuestro mundo. Dormimos, hablando siempre en términos humanos, allá en el lugar donde nos demanda descanso

nuestro cuerpo.

—Bueno. Lo que yo quiero decir es que, con vuestro formidable desarrollo mental, bien podíais haberos lanzado a viajar por los espacios: conquistar otros mundos, conocer tiérras distintas, entablar relaciones con los seres de otros planetas...

—Ahí está el error del hombre. Querer más de lo que tiene. Todos los conflictos en que se ha visto envuelto han tenido un mismo origen: el que tú acabas de mencionar. Por eso nosotros...

—... vivís la existencia de un molusco encerrado en su concha —resopló con cierto desdén el joven.

En el tono de voz de Crilar había cierto dolor al replicar.

—Nos juzgas mal, Colín. Nosotros nunca hemos sido así. Tuvimos también nuestras apetencias. También surcamos el vacío interestelar, antes siquiera de que vuestra raza supiera manejar tan solamente un remo. Pero no nos dio buen resultado y por una conflagración con otra, la raza de los Bogos, resultó diezmada horriblemente. Tanto, que estuvimos a punto de desaparecer. Por ello nuestros antepasados destruyeron solemnemente todos nuestros instrumentos, de cualquier forma que fueran, y acordaron volver a la vida primitiva. Así nos ha ido tan bien desde entonces. Los Korgos han intentado meterse con nosotros en alguna ocasión, pero siempre salieron malparados. Aun superiores al hombre en inteligencia, la nuestra es infinitamente mayor y les derrotamos en toda la línea en un par de ocasiones que se les ocurrió meterse con los Bogos. Han escarmentado y no volverán ya.

—Sí, desde luego — repuso meditabundo el joven—. El mundo de los Bogos es una Arcadia feliz...

—Pero a ti te falta algo, ¿verdad, Colín? — Crilar era un psicólogo y adivinó el suspiro contenido del muchacho. No le hizo falta proyectar ningún impulso eléctrico que enlazara su cerebro con el de su jinete.

Éste no contestó. La hierba seguía pasando velozmente por debajo del vientre de Crilar, en tanto se encaminaban hacia el lugar en que habitualmente moraban los demás Bogos. Pero de repente se puso en pie, excitado. El galope de su cabalgadura era tan suave que podía mantenerse erecto sin el menor esfuerzo.

—¡Mírala, “Tizón”! ¡Ahí está! ¡Vamos por ella!

La aguda vista del Bogo captó inmediatamente el objeto de la exclamación de Colín. Un animal, verdaderamente animal en esta ocasión, de reducido tamaño, aproximadamente un tercio más que el de una liebre terrestre, corría a cincuenta metros por delante de ellos, un poco al sesgo. El césped no era tan alto que lo ocultara y no había ningún otro refugio próximo:

—¡Vaya liebre! —gritó excitadamente el muchacho —. Aunque no se parecía gran cosa, así las denominaba desde que tuviera uso de razón. Era el apelativo más aproximado y Crilar había terminado por adoptarlo igualmente.

Crilar podía haber fulminado al animalillo con una descarga eléctrica proyectada por su mente. Pero, aunque así lo hacía cuando tenía apetito y pocas ganas de correr, en aquella ocasión, debido qué la liebre estaba destinada a la mesa de su joven caballero, decidió divertirse y galopar tras ella. El animal chilló horrorizado e hizo unos brutales zigzags, que no le sirvieron de nada. A pesar de su inmensa corpulencia, el Bogo le superaba todavía en facilidad de movimientos. Para no caerse con los bruscos virajes, Colin se había echado de pechos sobre el lomo y asido con ambas manos a unos repliegues de la piel. Sus ojos brillaban excitados y, como si fuera un auténtico salvaje, la boca se le hizo agua ante la exquisitez del inminente bocado que se presentaba ante él.

Crilar sabia demasiado lo que tenía que hacer, así es que corrió hasta cansar a la liebre. Podía haber continuado en el mismo plan diez o doce horas seguidas: era dificilísimo para un Bogo caer exhausto de fatiga; pero se estaba dívirtiendo. Y, en el momento oportuno, gritó:

—¡Ahora, Colin! ¡Tuya es!

Su lomo se distendió, arrojando al muchacho por el aire. Mas éste se hallaba ya prevenido, de modo que fue a caer exactamente a medio metro del animal. Su mano izquierda lo sujetó por el cuello con irresistible fuerza, en tanto que la derecha lo cogió por el hocico. Una repentina y hábil torsión, seguida de un crujido de huesos, indicaron que la existencia del animalillo había tocado a su fin. Colín se irguió orgulloso, enseñando la presa a su amigo:

—¡Buena caza, "Tizón"! —exclamó, y de nuevo volvió a cabalgar.

Gruñidos de satisfacción de los Bogos señalaron la alegría que sentían al ver regresar sanos y salvos a su jefe y al muchacho. Decenas y decenas de manos heptadigitales le acariciaron suavemente en tanto

que se dirigía hacia su cueva, situada en las márgenes de un anchuroso y quieto río, sombreado por gigantescos y aromosos árboles de especies desconocidas en la Tierra. Allí vivían la mayoría de los Bogos, en una extensión de varias decenas de kilómetros cuadrados y allí, en una cueva situada en la falda de una roma colina, habitaba el joven.

Entró en su albergue para volver a salir a los pocos momentos con un cuchillo en la mano con el que, en cuatro precisos y hábiles movimientos, despellejó al animal. Conocido por sus peculiaridades alimenticias, varios Bogos le habían preparado ya una buena fogata, ante la cual no tardó mucho en verse el cadáver que le iba a servir de cena. Y una hora más tarde, sólo quedaban de él los huesos, Colin quedó satisfecho del festín.

El Sol de aquel sistema se habla puesto ya. La temperatura había descendido unos pocos grados y, aunque no necesitaba ningún aditamento de ropa, pues se hallaban en la estación calurosa, Colin se metió en la cueva. Se encontraba un tanto aburrido y decidió distraerse.

La oquedad era inmensa. Junto a la entrada había una llave que hizo girar y todo el interior se iluminó instantáneamente. La instalación eléctrica funcionaría durante siglos, merced al inagotable generador nuclear que se hallaba en el otro extremo de la colina, separado lo suficiente para que no fueran de temer sus mortíferas radiaciones.

Se fue hacia la filmoteca y comenzó a repasar los títulos de las películas. Unos minutos más tarde decidió que no le gustaba ninguna, aquella noche.

Le pasó lo mismo con los libros. Cogió “Don Quijote de la Mancha”, para volverlo a dejar diez minutos después. “El Mercader de Venecia” corrió la misma suerte. Se dijo que no estaba con ánimos para ver cine ni leer ningún libro. Intentó jugar consigo mismo una partida de ajedrez cuatridimensional, pero a la decimoquinta jugada barrió las piezas de los tableros.

Salió fuera. Su espíritu le decía que le faltaba algo. Algo que, sus amigos los Bogos, con toda su infinita ternura hacia él, con toda su comprensión y su amistad, no podrían proporcionarle jamás. Colin no lo sabía a ciencia cierta, aun cuando lo entreveía. Sin saber lo que se hacía, subió lentamente la suave y herbosa pendiente de la colina.

Llegó poco después a su cima. Un signo terrestre habla allí. Una cruz

de acero, en la cabecera de una losa del mismo indestructible metal, en el cual, grabados electrónicamente, se veían dos nombres y unas fechas.

El único Hombre de Bogia, el mundo de los Bogos, suspiró hondamente. Colin Webster, hijo de Colin y Danya Webster era el único representante de la raza humana en aquel planeta perdido en las profundidades del espacio.

CAPÍTULO III

Dejando, tras sí un rastro de fuego, muerte y destrucción, la nave se sumergió en el espacio sin límites. La roja figura de Athenia desapareció en contados instantes y cuando estuvieron en franquía, Colin se echó hacia atrás, suspirando satisfecho.

—¡Alabado sea el Señor!—exclamó—. Podemos considerarnos a salvo.

—¿Qué haremos ahora, esposo mío?—inquirió Danya.

El pequeño se había despertado ya y jugueteaba con uno de sus rizos.

—Pues buscar el camino de la Tierra, naturalmente —contestó él—. ¿Qué otra cosa podemos hacer, cariño?

—¿Estás seguro de que llegaremos?

—Tengo esa esperanza, Danya. De lo contrario... ¡pobres de nosotros! Claro es, que viajamos en una nave completamente equipada para una larga singladura estelar, y aún estamos a cientos de años-luz de nuestro planeta, pero esos cientos de años-luz se traducen en dos terrestres como máximo. Y, a poco informada que estés, recordarás que en este trasto hay todo lo suficiente para que tres mil personas puedan subsistir tranquilamente durante un doble período de tiempo.

La alusión era directa y Danya enrojeció, en tanto que sonreía a su marido. Había sido la subjefe del Servicio de Información Intersideral.

—No es eso a lo que yo me refería, Colín, querido.

—Tú dirás — el hombre sacó un cigarrillo y lo encendió plácidamente.

El humo le relajó los nervios hasta entonces en tensión.

—¿No... no saldrán naves athenias a nuestro encuentro?

—Bueno; es una contingencia con la cual no había contado, dicha sea la verdad. Pero no creo a ninguna de ellas capaces de enfrentarse con la nuestra. Ni en armamento ni en velocidad nos superan y...

¡Boom! ¡Boom!

Las detonaciones, transmitidas por la enorme masa metálica de la espacionave, llegaron a la cámara de astrogación, muy mitigadas, mas perfectamente perceptibles. Mucho más sensibles fueron los dos violentos balanceos que, como consecuencia de los impactos, realizó el gigantesco aparato. Colin y Danya fueron lanzados a un lado, pero no se salieron de sus sillones, porque las abrazaderas de sujeción fueron disparadas automáticamente. Y lo mismo ocurrió a tres mil sillones y otras tantas literas, pero estos últimos se hallaban vacíos por completo. A excepción del matrimonio y su hijito, el “Can Mayor” era un desierto de metal y plástico.

Las manos de Colin volaron sobre el tablero de instrumentos. Antes de pasar a la Jefatura de Coordinación de Transportes Intersiderales había sido un hábil piloto del espacio. Conocía los mandos de la nave como si la hubiera construido él mismo. Los múltiples objetivos exteriores comenzaron a enviar sus imágenes a las diferentes pantallas colectoras. Él astrorradar entró también en funciones. El dispersor electromagnético pasó a formar parte también de la colectividad de instrumentos en activo.

—Demasiado consumo de energía — gruñó Colin, tranquilizándose a continuación—. Pero necesario.

Ninguna nave adversaria podía observarse por las pantallas de visión directa, ni aun manejando el mando electrotelescópico. Mas al ojo vigilante del astrorradar no se le escapaba el menor detalle. Uno, dos, hasta media docena de puntitos luminosos aparecieron en el círculo graduado y Colin formuló una serie de preguntas a la calculadora de tiro, que fueron respondidas con los datos exactos.

—Ahora verán esos bandidos —pero en aquel momento el detector de ondas corrientes hértzianas comenzó a parpadear. Colin dio el contacto y la voz de un athenio emergió furiosa por el megáfono amplificador. .

—¡Atención, terrestres! ¡Atención, quien quiera que seáis! Entregaos.

No os pasará nada. Vuestras vidas serán respetadas.

—Conque no nos pasará nada, ¿eh? ¿Y los millones de vidas que han sido sacrificadas a vuestra desatada barbarie?

—Son hechos luctuosos que nosotros somos los primeros en lamentar. Los culpables serán castigados y...

—¡No me hagas reír, athenio! —replicó Colin mordazmente—. Sé perfectamente lo que nos ocurrirá apenas nos rindamos. Esas dos granadas que disparasteis son una buena muestra de ello.

—Lo hicimos como aviso —se disculpó el otro, a trescientos mil kilómetros de distancia. Entre frase y frase había un segundo de intervalo.

—Un aviso que estuvo a punto de liquidarnos. No. Gracias. Conocemos demasiado vuestros métodos. Si queréis cogernos, venid por nosotros, pero ¡cuidado! También sabemos responder al fuego con el fuego.

—Conocemos vuestras intenciones. No os dejaremos llegar a la Tierra.

—Sería curioso verlo.

—Lo verás. ¡Mira! —-y al instante la pantalla del astrorradar comenzó a llenarse de pianitos luminosos. Danya se estremeció y abrazó fuertemente a su hijito.

— ¡Oh, Colín, ahora precisamente, que ya nos considerábamos a salvo!

—No pases cuidado — sonrió él—. Son naves athenias de armamento reducido. Disparan solamente granadas de carga nuclear y no tienen lanza-rrayos UF. De lo contrario, tú y yo no estaríamos dialogando tan tranquilamente.

—Pero las bombas...—objetó ella.

—Se necesitan unas cuantas para, aun no teniendo conectado el disparador, romper la coraza exterior. Y nosotros estamos en el centro de la nave, el lugar más protegido de toda ella. ¡Mira, Danya! Por lo visto esos tipos se han cansado...

De repente empezaron a chispear las pantallas de visión directa. Decenas y decenas de granadas atómicas fueron disparadas y fueron

reventando a una distancia suficiente de la nave como para que sus ocupantes no sintieran el menor temor. Aun así, el fuego fue demasiado intenso y un par de ellas lograron atravesar la protección de la pantalla dispersora. La nave se estremeció violentamente y en los aparatos se registró la señal de alarma.

—Perforación — anunció secamente Colin y, averiguando el lugar en que había ocurrido el accidente, manipuló el mando que lo dejaría estanco, cosa que ocurrió al instante. El Geiger señaló una débil radiactividad, que fue absorbida al momento por el disipador de radiaciones. El lugar quedó descontaminado rápidamente.

—Tendré que aumentar el gasto de energía. Nuestra protección ha sido atravesada — comentó, enviando torrentes de fuerza al vacío. El orificio abierto en la pantalla dispersora fue cerrado en el momento preciso en que media docena de granadas atómicas eran enviadas sobre aquel punto. Estallaron tan inofensivas como espectacularmente y durante unos segundos el cielo se vio iluminado con sus cárdenos resplandores,

—¡Entregaos, terrestres! Os prometemos solemnemente respetar vuestras vidas —ladró el altavoz, y Colin se echó a reir.

—Ya sabemos en que consisten, ¿Linchamiento? ¿Decapitación? ¿O el moderno método de la cámara desintegrante? No. Éste es rápido y nada sangriento y a vuestras incontroladas masas les gusta la sangre, siempre que sea de un terrestre. Venid por nosotros... si osáis a ello.

—No os servirá para nada vuestro estéril heroísmo. Concluiremos por destrozar vuestras defensas y luego aniquilaros y hundiros en la nada sideral —le respondieron altisonantemente.

—Veremos quién puede más — Colin lo había estado dudando, pero se dio cuenta de que no tenía otro remedio. Aumentaría el gasto de energía, lo cual le costaría mucho esfuerzo reponer más adelante, mas sólo tenía un camino. Y su mano se apoyó sobre el disparador de los terribles UF.

Sucesivamente, y a medida que su dirección era indicada automáticamente, rayos de deslumbrante blancura, que parecían ser trazados por una gigantesca tiza en la negra pizarra del espacio, fueron surcando éste. Cada vez que uno de ellos llegaba a su fin una espantosa luminaria se encendía y la línea blanca desaparecía, cumplido su siniestro fin. Zigzagueando a velocidades hiperlumínicas, el “Can Mayor” pareció una Némesis vengadora, destruyendo naves

athenias con pasmosa facilidad. Danya observó. fascinada, el aterrador espectáculo que les abriría el paso hacia su planeta, a centenares de años-luz de distancia todavía.

Durante treinta segundos, un intenso chisporroteo, un fantástico espectáculo de fuegos artificiales fue el dueño del espacio. Las naves enemigas se deshacían en continuas silenciosas explosiones que reverberaban a grandísimas distancias. Las últimas en caer emprendieron precipitada fuga, disparando sus últimas reservas de granadas nucleares, que reventaron inofensivamente contra el dispersor. Pero fueron igualmente consumidas por el abrasador fuego que brotaba del proyector de UF. Y luego la paz se hizo en aquel rincón del Universo.

—Ahora sí que estamos en camino hacia nuestro planeta —dijo Colin. Se secó el abundante sudor de la frente, haciendo a continuación unas cuantas preguntas a la calculadora, la que, tras unos momentos de silencioso funcionamiento, le respondió que sus reservas de energía habían disminuido bastante. Tendrían que marchar a media máquina, en tanto que los generadores funcionaban a pleno rendimiento, para substituir la consumida.

—Bueno — se encogió de hombros Colin—. En lugar de dos años nos costará cuatro el viaje. No lo pasaremos rnal los tres, ¿verdad, cariño?

—A tu lado se está siempre bien — replicó ella dulcemente, y Colin no lo pudo remediar. Se desató de su sillón y acercándose a su mujer, la besó con infinita dulzura.

Naturalmente, las comunicaciones les llegaban con bastante retraso. Así tardaron dos meses en enterarse de que viajaban en una dirección completamente inútil.

—*"No existe ya la Tierra, ese planeta orgulloso y altivo que durante nueve centurias ha sojuzgado todos los mundos habitados del Universo. Nuestra triunfante revolución, no contenta con sacudirse el secular dominio terrícola, ha destruido en dicho planeta todo signo de vida y ahora no es más que un inmenso cementerio…"*

Danya miró aterrada a su esposo. En la pantalla televisora se reflejaban con tremenda exactitud los varios aspectos de la catástrofe en los cuales se regodeaba el invisible locutor, cuya voz, así como las imágenes estaban a dos meses de distancia en el momento en que eran recogidas por los receptores del medio inválido aparato. Nubes de fuego y humo devoraban la superficie ensangrentada de la tierra y los

tomavistas teleguiados recorrían, con inconcebible sadismo, los puntos en que la catástrofe había sido más acentuada Ciudades de milenaria cultura eran gigantescos montones de escombros, osarios interminables, y la desolación y la muerte más absolutas reinaban por doquier.

—“*...ahora ya estamos solos. No existe un solo terrestre que pueda contarlo. El exterminio ha sido total y la Unión Galáctica determinará muy en breve cuál ha de ser la forma de gobierno que la regirá en lo sucesivo, así como las relaciones entre los distintos mundos...*”

Furioso, ceñudo, Colin cerró el interruptor.

—No merece la pena gastar energías para oir tal cúmulo de necedades —dijo. Encendió un cigarrillo, nervioso. Se paseó con grandes zancadas, en tanto que Danya lo miraba estremecida de pavor. Necesitaba pensar y no le quiso interrumpir.

—Estamos viajando en balde, querido — dijo al cabo de unos momentos. Colin se detuvo y la miró fieramente.

—Es cierto. No podemos ir ya a nuestro planeta. Ha sido destruido para siempre.

—¿Dónde iremos, Colin? En cualquier planeta que desembarquemos seremos recibidos con hostilidad.

De nuevo el hombre volvió a pasearse. Hubo un silencio de un par de minutos de duración y al fin se detuvo, clavando sus ojos en los de su esposa.

—Hay una solución, cariño — dijo—. Extremada, prácticamente suicida, pero no tenemos otra salida.

Danya contestó tranquilamente:

—Hagas lo que hagas, siempre será lo mejor para los tres, querido. Puede ser un remedio, como tú dices, suicida; pero lo que sí es cierto que en cualquier mundo de la Unión Galáctica nos matarán apenas conozcan nuestra condición de terrestres. Nunca podremos estar peor de lo que estamos y, por otra parte, no podemos vivir eternamente dentro del “Can Mayor”.

—Tú lo has dicho, Danya. El remedio es...—inhaló aire y luego lo expulsó con la frase—: ¡Iremos a la Décimocuarta Galaxia!

—¡Pero nadie que ha ido allí regresó jamás! —exclamó ella sin poderse contener, para proseguir acto seguido—: Bien, supongo que es el único camino que nos queda.

—El que volvamos no significa de una manera terminante que debamos morir forzosamente. Nadie ha regresado, es cierto. Nadie transmitió lo que ocurría dentro de los límites de la XIVª Galaxia, pero ¿acaso no es posible la vida en alguno de los infinitos mundos que allí hay? ¿Por qué no hemos de sobrevivir nosotros?

Tomada la decisión, la espacionave viró en un semicírculo de una hora-luz. Evitaron cuidadosamente todo contacto con las Galaxias habitadas y al fin rebasaron los límites de la Décimotercera, en donde naciera el pequeño Colin.

El "Can Mayor" se sumergió en el negro golfo vacío de estrellas. A medida que los generadores iban reponiendo la energía, su velocidad iba ganando paulatinamente. Las estrellas se fueron quedando atrás y sólo la eterna noche de los espacios infinitos fue su compañera.

Había que transcurrir un largo período así.

El tiempo terrestre fue pasando y quedándose atrás con muchísima más lentitud que el tiempo-luz en el que navegaban. Estaban sumergidos en una sima del Universo sin solución alguna de continuidad, pero la nave viajaba acelerando constantemente, hacia un viaje cuyo término estaba aún sumamente lejano.

El chico fue creciendo. Pronto no necesitó de los brazos de su madre y aprendió a caminar solo. Pero Danya no se atrevió a dejarlo suelto. Con la mayor facilidad hubiera podido perderse por las profundidades de la gigantesca nave y morir de inanición antes de que fuera recuperado. Fue creciendo, y tres años terrestres más hubieron de pasar antes que los indicadores de a bordo señalasen la presencia de numerosos sistemas planetarios susceptibles de vida.

—¡Al fin! —exclamó un día, Colin—. ¡Creo que estamos llegando al término del viaje!

Aquel rincón del Universo estaba constelado de centenares de millones de parpadeantes estrellas. Apareció como una inmóvil espiral primeramente, que poco a poco, en tanto que se acercaban a ella, fue perdiendo forma. La brillante mancha se fue disgregando en puntitos de luz, cada vez más separados, hasta que estuvieron sumergidos de lleno en aquel caracol sin fin, cuya luz iluminaba violentamente todo cuanto circundaba. Los detectores fueron explorando automáticamente

todos los astros que no poseían luz propia, denegando aquellos que no reunían condiciones de vida terrestre, hasta que en una de sus múltiples observaciones, Colin vio con toda claridad que la pesadilla estelar estaba tocando a su fin.

—Es del tipo Tierra completamente, Danya —dijo. La plateada imagen del astro se reflejaba en la pantalla. Manejó el mando telescópico y el círculo se agrandó hasta no caber en el rectángulo de vidrio. La superficie se aproximó y Colin se dio cuenta de la escasez de accidentes orográficos del planeta.

—Descenderemos aquí mismo —murmuró, y Danya asintió. El lugar elegido no podía ser más bello ni hermoso. Frondosa vegetación, césped abundante y una tranquilidad absoluta, derivada de toda ausencia de signos de vida.

—¡Es maravilloso! —exclamó Colin, aspirando la perfumada atmósfera a pleno pulmón. La nave yacía a sus espaldas, totalmente inmóvil. El pequeñuelo lanzaba grititos de alegría y se revolcaba por el césped, alegre y satisfecho de jugar con una cosa que solamente había conocido por los libros de estampas y los relatos de su madre.

—¡Qué dulzura! —dijo ella—. La vida aquí debe ser una continua delicia.

—Sí...—pero se interrumpió. Precautoriamente no había querido bajar desarmado y se descolgó de la cintura el lanzarrayos UF. Un extraño animal de seis patas, doble de tamaño que el de un hipopótamo terrestre se les acercaba con intenciones no previsibles en aquellos momentos.

—¿Qué será ese bicho?—preguntó Danya, atemorizada. Como buena madre, apenas había visto a Crilar, aunque ella ignoraba se llamara así, se había apresurado a tomar al niño en brazos, queriéndole defender.

—No lo sé. También ignoro sus intenciones. No me gustaría comenzar aquí nuestra existencia con un acto de violencia. No he visto en mi vida nada más extraño, y me gustaría ser su amigo.

Crilar “sonrió” para sí complacido. Apenas había visto la nave descendiendo sobre aquel lugar, había ordenado a todos cuantos le obedecían que se escondieran bajo tierra y los Bogos habían obedecido con rapidez relampagueante. A él, como Jefe de su Pueblo, le competía averiguar los motivos que habían traído allí a aquellos extraños animalillos de sólo cuatro miembros, y disparó unos cuantos

enlaces eléctricos entre su cerebro y los de los recién llegados. Así supo los propósitos del hombre, aprobados sin reserva por su mujer, y así supo también que las reacciones del niño eran completamente primarias: comer, dormir y jugar. Igual que él, cuando no era más que un Bogo pequeñito, hacía...

Bueno, ¿para qué contar el tiempo? .Ni se acordaba ya.

Trotó suavemente hasta hallarse a dos pasos de distancia de aquellos seres. Un somero examen le dijo que el macho tenía en su garra delantera una poderosísima arma, pero pensó que no le habría dado tiempo siquiera a utilizarla. Una descarga electromental habría fulminado a los tres recién desembarcados, que se mantenían erectos sobre dos de sus miembros, sin que éstos hubieran tenido tiempo de enterarse siquiera.

Crilar emitió una serie de suaves y cloqueantes sonidos. Agitó su mano número uno.

—Fíjate, Colin — cuchicheó Danya—. Parece que quiere decirnos que es amigo nuestro.

—Sí, si no traéis malas intenciones. — Crilar decidió por fin enlazar su cerebro con el de sus visitantes.

Colin respingó:

—¿Has oído lo mismo que yo, Danya?

—Sí, pero... me pareció escucharlo dentro de mi cerebro.

—¿Será una raza de animales inteligentes?

—Todos somos animales — repuso Crilar telepáticamente—. La forma no importa. Para mí, los extraños animales sois vosotros.

—Venimos en son de paz — pensó Colin sus palabras, sintiendo eran recogidas por el cerebro del “animal” —. No os queremos causar daño.

—Gracias —repuso Crilar. No juzgó oportuno decirle que les habría sido imposible—. Trataremos de ser amigos. Venid conmigo. Si sois amigos de Crilar, lo seréis también de su Pueblo.

—¿Crilar es tu nombre?

Asi comenzó la amistad, eterna e imperecedera, entre Colin y su familia, y los Bogos. Asi se quedaron a vivir allí y creció el pequeño

hasta ser un nombre. Pero sus padres murieron mucho antes. Un par de años terrestres después de su llegada a Bogia. Una nave athenia, perdida por los espacios, sobrevoló la atmósfera del planeta y sus detectores le indicaron la existencia de seres terrestres en aquel mundo perdido en la Decimocuarta Galaxia. Parte por diversión, parte por odio todavía, decidieron fulminarlos y así lo hicieron, soltándoles una microgranada de tipo nuclear que los quemó con sus radiaciones. Y si el pequeño Colin sobrevivió se debió a que en aquellos momentos no se encontraba en aquel lugar, sino a unos cuantos kilómetros más allá, jugueteando con Crilar, que había llegado a ser su mejor amigo.

Crilar conocía las costumbres terrestres, así es que enterró a los padres del muchacho, quien ya contaba casi seis años de edad, en lo alto de la colina, bajo la cual estaba la cueva en que vivían y a la que, en aquellos dos años, había ido transportando la mayor parte de los tesoros contenidos en el "Can Mayor". Crilar decidió tomar bajo su protección al niño y éste, cuando el tiempo borró las huellas del dolor, fue creciendo y convirtiéndose en un hombre en toda la extensión de la palabra.

CAPÍTULO IV

—Sí. Yo los enterré —decía a la mañana siguiente Crilar. Colin pereceaba tumbado boca abajo sobre, el lomo negruzco del Bogo, que nadaba despacio por el centro de la corriente del río. Apenas si asomaba la bocaza del exápodo fuera del agua y el muchacho hundía a ratos su mano en el líquido, salpicando con agua el tercer ojo de su amigo, obligándole a cerrarlo—. Y tu madre, antes de morir, me recomendó que no te desamparara nunca. Hasta ahora lo he cumplido. Yo fabriqué la cruz que hay sobre su tumba y luego la losa en donde están sus nombres y las fechas de sus nacimientos, así como la dé su matrimonio y la de su muerte. Esto me lo dictó tu padre. ¡Gran hombre fue! Aún tuvo la suficiente presencia de ánimo para dictármelas. Sabía granada estallada a corta distancia no perdonan y su cuerpo era una pura brasa, pero sacó fuerzas para hablarme sin dejar de hacerme observaciones acerca de tu futuro.

—No me dejaste verlos — le reprochó suavemente Colin. En su memoria aún estaban las confusas imágenes de aquel día aciago.

—No fui yo. Tu propia madre fue la que se opuso. Sus cuerpos tenían tanta radiactividad que hubieran hecho saltar en pedazos un Geiger. Te hubieran contaminado inútilmente.

—¿Y a ti no?

—Nosotros, los Bogos, somos inmunes a muchas cosas, y la radiación es una de las que no nos hace el menor daño. Por eso pude asistirlos en sus últimos momentos. Créeme que aquel día fue la primera vez que lloré. Pero, en medio de su dolor por dejarte tan pequeño, tus padres estaban contentos. Morían juntos, como habían vivido desde que se casaron y ello les mitigó en buena parte la pena que sentían al perderte. Creo que si uno de ellos hubiera vivido, la existencia se le hubiera hecho insoportable sin su compañero. Y todo por una estúpida canallada, sin sentido alguno, pues los tripulantes de la espacionave athenia sabían perfectamente que tres terrícolas jamás podían hacerles daño alguno intencionadamente. En el pecado llevaron la penitencia. Todavía tuve tiempo de apoderarme del lanzarrayos de tu padre y fulminarlos. Habrían salido ganando con no acercarse a Bogia. ¡Verdaderamente fue una lástima!

—Sí, fue una lástima —musitó pensativamente Colin. Se dijo que ahora sería el hombre más feliz viéndose con sus padres vivir tranquilamente. En cambio había quedado como único representante de la raza humana en aquel planeta solamente habitado por los Bogos. No es que los despreciase: por el contrario, los quería, y con todos ellos, aun con aquellos a quienes no había visto en su vida y que, sin embargo, sabían de su existencia tan bien como si habitaran en aquel lugar, mantenía excelentes e inmejorables relaciones. Pero...

—Tú te marcharás un día, Colín — dijo Crilar cortándole el hilo de sus pensamientos. El muchacho dio un respingo.

—¿Cómo?

—Es la ley natural. No puedes vivir solo entre los Bogos. Tienes, debes, buscar la compañía de seres de tu raza. Es... bueno, sería un poco complicado explicártelo. Es algo que debes aprender por ti mismo y...—Crilar calló. A Collin le pareció que se sonrojaba. Pero el tono de la epidermis del Bogo permaneció inalterablemente oscuro.

—¡Vaya, “Tizón”!—dijo en tono chancero—. ¿Ahora me sales con sentimentalismos? ¿Por qué he de irme yo de Bogia? ¿Acaso estoy mal con vosotros? O, ¿es que ya os habéis cansado de este animalillo con el que jugáis y os divertís como unos locos sin sentido?

—¡No digas estupideces!—farfulló la bestia. Viró sobre si misma y se dirigió hacia la orilla, que ganó en un minuto. Ladeó el lomo y el muchacho resbaló hasta quedar de pie sobre el césped. Algunos congéneres de Crilar se le acercaron afectuosamente. Éste continuó con sus lúgubres presentimientos:

—Dura ya demasiado la paz en la Galaxia, Colin.

—¿Qué quieres decir, “Tizón”?

—Presiento que dentro de muy poco se nos va a acabar la tranquilidad en este planeta.

—¡Caramba! ¿Acaso eres un profeta de mal agüero? ¿Por qué se nos va a acabar la buena vida? En verdad que me sorprenden tus palabras, “Tizón”.

Pero la atención del Bogo se había desviado hacia un racimo de suculentas “nephas”, que engulló con delectación. Eran su bocado preferido. No quiso decir que, de cuando en cuando, lanzaba unos cuantos impulsos eléctricos al espacio circundante y últimamente había encontrado rastros de espacionáves vagando por el sistema al cual pertenecían. Tampoco quiso decirle que, para la mejor comprobación, se había ido a la astronave, que todavía permanecía en el mismo lugar en que aterrizara, y había puesto en funcionamiento el astrorradar. La demostración había sido concluyente, mas no había querido decir nada al muchacho.

No obstante, lo había puesto en conocimiento de todo su pueblo y millares y millares de ojos y cerebros bogianos, sin que el muchacho se apercibiera lo vigilaban constantemente. Colin no se había dado cuenta de ello, pero los Bogos se le acercaban con más frecuencia que antes, y lo achacó al deseo de jugar con él. Se sabía un anirnalillo que los divertía pero, a su modo, era completamente feliz. No había capricho que le fuera negado y, de haber aceptado todos los obsequios que le hacían en forma de alimentos adecuados a su peculiar metabolismo, hubiera reventado de una indigestión.

* * *

Crilar tenía razón. Sus impulsos electromentales habían captado la presencia de naves espaciales volando muy cerca del planeta en que

vivían. Y en las naves también habían sido detectados tales impulsos.

Los zumbadores habían sonado apenas rebotó contra las pantallas colectoras el primer rayo cerebral disparado por Crilar. De aquí habían pasado a la traductora de mensajes sidéreos, en donde habían sido identificados convenientemente. Bu-noth, jefe de los guerreros del poderoso pueblo de los Inukris, había leído el mensaje grabado automáticamente que le había llevado el segundo de la nave, Tr-lozh.

—Muy notable —dijo— Muy notable. Vida inteligente. Tan inteligente y tan poderosa a un tiempo que es capaz de enviar destellos mentales a través del vacío, como si fuera un transmisor de ondas.

—Deberás comunicarlo a la Señora —sugirió Tr-lozh, y Bu-noth miró enfadado a su subordinado.

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer —dijo secamente. Le molestaba que le hicieran sugerencias acerca de sus obligaciones—. Puedes retirarte. Iré yo en persona a ver a la Señora.

Tr-lozh se retiró confundido. Sabía la clase de genio que gastaba su jefe y no quería verse enviado, como simple guerrero a consumirse en las cámaras de energía. El asunto de la disciplina era algo que le importaba un pito a la Señora, quien, con tal de que todo marchase bien, dejaba a Bu-noth manos libres. Y Tr-lozh apreciaba demasiado su empleo, por lo que se maldijo a sí mismo por sus imprudentes palabras. No obstante, confió en que Bu-noth las olvidara bien pronto. Suspiró aliviado cuando perdió de vista la cámara del comandante de la nave y de la escuadra Inukri.

Quien, por otra parte, estaba maldiciendo abundantemente por la extraña idea que había tenido la Señora que mandaba despóticamente en ellos de darse un paseíto por el cielo. Se vivía confortablemente en Sullyea, capital de Inukrea, planeta en que moraban los Inukris, pueblo guerrero por naturaleza. Pero Bu-noth era indolente y le molestaba salir de su vida muelle y tranquila, Cómo había llegado a un puesto de tal preeminencia que le permitía hablar casi cara a cara con la Señora, era un misterio para todo inukrisiano que se estimara un poco, pero las decisiones de la mujer que reinaba en Inukrea eran inapelables. Suspirando, se levantó de su cómodo asiento y se dirigió hacia el punto en que terminaba el largo corredor en el cual se hallaba la cáma,ra de la Señora, corredor flanqueado por inmóviles guerreros provistos de proyectores de rayos paralizantes y que saludaban respetuosamente a su paso.

Bu-noth contestó negligentemente y se anunció verbalmente. Le fue concedido el permiso y penetró en la Cámara de espaldas.

Nadie podía mirar cara a cara a la Señora, si ésta no lo autorizaba. Y lo hacía en rarísimas ocasionas. Bu-noth llevaba ya un montón de años a su servicio y solamente recordaba haberla visto el rostro en un par de ocasiones. Se estremeció ante la idea de tener que contemplarlo otra vez.

—¿Qué ocurre para que vengas a molestarme, Bu-noth? —la voz de la Señora parecía salir de una caña hendida. Una delgada voluta de humo se enroscó en el casi circular tórax del jefe de los guerreros. Contuvo con dificultad sus deseos de estornudar. Nunca había podido acostumbrarse al extraño aroma a que tan aficionada era la mujer que le mandaba.

—Señora, estarnos a corta distancia de un planeta...

—...y a gran distancia de otros muchos. ¿Tiene ello algo de particular? — le interrumpieron sarcásticamente.

—No, Señora. Viajando por el espacio es lo corriente.

—¡Vaya, Bu-noth! Veo que sabes emplear tus facultades discernidoras con discreción. ¿Estás enfermo? ¡Vamos, al grano! ¡Desembucha pronto!

—Hay signos de vida en ese planeta. Vida animal, Señora—dijo humildemente Bu-noth, conteniendo sus impulsos de girar y retorcer aquel pescuezo que tenía a tres metros da sus espaldas. Si no lo hizo, no fue por el temor a la muerte, pues los Inukris no la temían, sino porque el solo pensamiento de que otro podría ocupar el privilegiado puesto le sublevaba. Decidió que, por el momento, lo mejor sería soportar los crueles sarcasmos de su femenino jefe.

—Bien, bien. Vida animal, ¡verdad? Es muy probable. Quizás haya algunas amebas a las cuales aún les faltan varios millones de años para convertirse en un hombre. ¿Es ésa toda la vida orgánica que has podido detectar en ese mundo?

—No, Señora. Es una vida muy superior. Completamente inteligente. Tanto, que puede emitir impulsos electromentales que atraviesan grandes distancias y son registrados por nuestros aparatos.

—¡Bah!—refunfuñó despectiva la mujer—. Se dicen seres inteligentes, pero no son más que animales con un poco de seso. Algo tenían que

desarrollar y ello fue el cerebro a falta de otra cosa mejor. Nada ni nadie puede superar la sabiduría de un hombre… o de una mujer.

—Señora, si me es permitido hacerte una observación…

—¿Por qué no hablas dé una vez, bruto de cinco dimensiones?

Bu-noth iba a responder que eso era lo que quería hacer desde el momento en que entró en la Cámara, pero que ella, con sus continuas interrupciones no le dejaba soltar la noticia de una vez. Sin embargo, se dijo que, para una prudente conservación de su magnífico puesto, que le permitía zaherir y descargar su rabia con sus inferiores, hubiera constituido una respuesta impolítica, por lo que se limitó a manifestar simplemente.

—Señora, el detector ha registrado la clase de vida que a ti te interesa.

—¿Eeehhh?…— la exclamación de sorpresa sonó como el brusco quebrarse de una rama.

—Sí… — empezó a decir. Bu-noth, pero no pudo continuar.

—¡Dame el mensaje que ha traducido el descifrador de las señales captadas, oh hijo de cuarenta mulas ciegas! ¡Acércate más y no temas! ¡No me gusta la carne de Inukri tonto!

Temblando interiormente de rabia, Bu-noth, conforme prescribía el protocolo, dio unos pasos hasta que notó el primer escalón del estrado en donde se hallaba la mujer. Entonces, sin volverse todavía, alzó con la tira de papel que le fue arrebatado al instante. No pudo evitar un estremecimiento de repugnancia al sentir el helado contacto de aquella garra, aunque la cosa duró escasamente una décima de segundo. A continuación anduvo de nuevo tres pasos hacía adelante y aguardó ansiosamente la reacción de la mujer.

Pero si esperaba una felicitación, alguna palabra amable de la Señora, algo, en fin, que le permitiera entrever un próximo ascenso en su carrera, se llevó un gran chasco. Sintió un gran dolor repentinamente en la nuca y cayó al suelo, retorciéndose y gimiendo a causa del dolor que le había causado la descarga eléctrica.

—¡Bruto! ¡Bestia! ¡No sé cómo pude entregarte mi confianza y hacerte mi almirante para este viaje! Los que me informaron acerca de tus cualidades debían estar durmiendo cuando lo hicieron. ¡Tienes menos I.Q. que un mosquito! ¡Almirante…! —resopló despreciativamente la mujer.

Bu-noth quedó en el suelo, temblando, esta vez de pánico, sin atreverse a mirarla.

—Levántate, pedazo de idiota —gruñó ella, continuando—. Sabes de sobra cuál es el objeto de mis continuas expediciones por todo el Sistema y cuando lo que busco viene a mis manos, cuando solamente me hace falta alargarlas para cogerlo como una fruta madura, vienes tú y me dices que hay signos de vida animal, ¡El único animal que hay aquí eres tú!

—Sí, Señora.

—¡Qué señora ni qué canastos! ¿Por qué no has aterrizado inmediatamente y ejecutado mis órdenes, que ya te sabías de memoria?

—Yo… Temí… El caso es que como supimos de ellos por sus impulsos electromentales, no me quise arriesgar…

¡Grandísimo idiota! ¿Es que no tenemos a bordo armas suficientes para contrarrestar todas cuantas puedan haberse inventado desde la creación del mundo?

—Sí, Señora — replicó humildemente Bu-noth.

—¡Pues anda y dispón todo para la maniobra! No pierdas un segundo. Todavía eres Almirante, pero si me fallas, puedes despedirte de tu empleo. Creo que en los generadores de energía hay siempre plazas vacantes, ¿no?

La Señora soltó una breve risita que sonó huecamente en tanto Bu-noth corría a cumplir lo ordenado. No le haría falta ningún otro estimulante. Si le hubiera dicho que lo mandaba ejecutar hubiera inclinado dócilmente la cabeza y esperado con estoicismo la descarga eléctrica o desintegrante. Pero, insinuándole la degradación, conseguía unos efectos mucho mayores que con la otra amenaza. El hecho de morir sabiendo que otro iba a ocupar su puesto, cuando éste era una sinecura, era algo que ningún Inukri podía soportar. En consecuencia, la nave comenzó a decelerar y sus navegantes fueron analizando los mejores sitios para aterrizar, bajo las furibundas e inquisitivas miradas de Bu-noth, quien, desquitándose de las humillaciones sufridas, no les perdonaba sarcasmo alguno.

Mientras tanto, debajo de ella, Crilar y Colin hablan salido de paseo. El Bogo tenía sueño, por lo que ordenó a su cerebro que descansara, en tanto que sus músculos obedecían automáticamente las órdenes de

caminar. Por ello no se dio cuenta de que una espacionave caía sobre ellos hasta que el muchacho, excitadísimo, se puso en pie sobre su lomo y empezó a pateárselo, al mismo tiempo que gritaba excitadísimo:

—¡Crilar! ¡Despierta, hijo de un Korgo! ¡Mira quién viene!

El párpado de su nuca se descorrió y el tercer ojo del Bogo apreció instantáneamente la situación. Disparó un contacto mental que sorprendió a los confiados Inukris y adivinó en seguida sus intenciones. Se maldijo a sí mismo por haberse confiado tanto. Pero también se dijo que de nada servían ahora las lamentaciones.

—¡Agárrate fuerte, Colin, muchacho! —dijo y el joven obedeció, tendiéndose sobre el lomo y agarrándose fuertemente a un repliegue epidérmico. La enorme bestia dio una rapidísima media vuelta y antes de diez segundos rozaba los cien kilómetros por hora en su loco galope hacia la cueva en que Colia guardaba todos los instrumentos que prudentemente atesorara su padre. Allí tendría armas eficaces con las cuales podría defenderse en caso necesario.

Los navegantes de la astronave se dieron cuenta de las intenciones de su presa desde lo alto y hubieron de modificar su trayectoria de descenso, en medio de las imprecaciones de Bu-noth, equitativamente repartidas entre ellos y aquella pareja de obstinados seres. El súbito frenazo causó algunas víctimas entre la tripulación, pero su comandante no hizo el menor caso. Ordenó un brutal cambio de rumbo, que lo llevó encima del lugar en que habitaban los Bogos, en el preciso instante en que Crilar llegaba allí.

—¡Salta, Colin! —dijo—. Toma una pistola lanzarrayos. No uses las desintegrantes, pues contaminarías el ambiente caso de tener que disparar.

El muchacho corrió como un gamo hacia el interior de la cueva, de la que volvió a salir veinte segundos más tarde, con el arma firmemente empuñada en la mano. Mientras tanto, Crilar llamó a sus congéneres, de los cuales acudieron todos, machos y hembras, a excepción de los pequeñuelos que se escondieron prudentemente bajo tierra. Media docena de excitadas frases fueron suficientes para ponerles ai corriente del peligro que les amenazaba, en vista de lo cual formaron un compacto frente de grises lomos, entre los cuales destacaba el negruzco de su jefe Crilar. Y al lado de éste se encontraba el muchacho, cuya custodia le confiaran sus padres antes de morir.

La nave ya había aterrizado y sus ocupantes comenzaron a salir de su interior. Era un grupo de un par de cientos de hombres, a cuyo frente iba Bu-noth, cuyos ojillos relampaguearon de alegría al descubrir su presa. El codiciado ascenso estaba ya al alcance de su mano.

CAPÍTULO V

Colin contempló con estupor los hombres que se acercaban. El rebaño de Bogos se agitó, pero se abstuvieron de disparar ninguna descarga electromental, ya que así lo había dispuesto Crilar, que no quería obrar en tanto los recién desembarcados descubrieran sus intenciones, aunque harto las daba ya por sabidas.

Caminaban pesadamente los Inukrís. Sus cuerpos tenían una fuerte pigmentación roja y eran rechonchos, gruesos como barriles. La cabeza era achatada y debajo de sus arcos superciliares brillaban unos ojillos codiciosos, también del color del rubí, pero que infundían siniestras ideas. Su cráneo estaba totalmente desprovisto de pelo y casi de la nariz partía una oscura cresta que iba en aumento hasta el occipital, donde comenzaba a disminuir hasta desaparecer en las primeras vértebras cervicales. No tenían más que tres dedos en las manos, pero debían servirse muy bien con ellos. En el que hacía las veces de pulgar se veía una uña córnea, capaz de rajar un vientre o seccionar una yugular con la misma limpieza que el bisturí de un cirujano.

Bu-noth caminó pesadamente hasta hallarse en el centro del semicírculo que formaran los Bogos. Fingió ignorarlos, parte por no demostrar temor, parte porque confiaba en sí y sus hombres. Extendió su “índice” y habló autoritariamente, en el común lenguaje del Sistema.

—¡Entregadnos ese jovenzuelo!

Colin fue a dar un paso adelante y replicar, pero el brazo número dos de Crilar, el primero del costado izquierdo, lo detuvo suavemente.

—Déjame a mí — le dijo telepáticamente, y luego se encaró con Bu-noth—. ¿Quiénes sois vosotros para ordenarnos a los Bogos?

El jefe de ios Inukris se exendió en una larga y aburrida perorata acerca de las virtudes guerreras de su pueblo, y de su imbatibilidad en cuantos combates habían tomado parte.

—¡Menos cuento! —gruñó Crilar impaciente, pues se le habían pegado los modismos terrestres a fuerza de leer los libros y repasar los "films" en estéreo que había en la cueva—. ¡Vayamos al grano! El muchacho es nuestro; vive aquí por su propia voluntad, y la nuestra es, en todo momento, negaros lo que pedís.

—¿Sabes lo que te dices, animal de seis patas? No hay quien pueda con los Inukris, los poderosos, los invencibles. De no acceder a nuestras demandas, moriréis todos y el chico será igualmente nuestro, más tarde o más temprano.

—¿Para qué queréis al joven? —Crilar había explorado todo el interior de la nave, pero sus impulsos se habían, visto detenidos ante una barrera insalvable. Supo que detrás de una puerta había una persona que mandaba sobre aquel grupo de guerreros, pero no consiguió ningún otro avance.

—Eso no es cuenta tuya, bestia exápoda —el orgullo de su figura humana le salía a Bu-noth por todos sus poros—. Cumplimos las órdenes que se nos dan, sin preguntar los motivos.

—Eso lo podéis hacer vosotros, pero los Bogos necesitan alguna explicación más acerca de tal insolencia.

Colin sintió que un hormiguillo le recorría todo el cuerpo. Era la primera vez en su vida en que, aparte de sus padres y los Bogos, veía otros seres, y los veía hostiles a él, por lo que ansiaba entrar en liza inmediatamente. Su sangre le hervía y el fragmento de cerebro de Crilar que estaba enlazado con el suyo le advirtió inmediatamente.

—Ten calma, muchacho —le recomendó, pero sabía que, inevitablemente habría efusión de sangre. Fiel a la promesa que hiciera a los padres del muchacho, deseaba protegerlo hasta el último momento.

—¡Basta ya! —gritó, excitándose, Bu-noth—. Os damos dos minutos de plazo…

No hubo tal plazo. En el extremo del semicírculo, uno de los Bogos más jóvenes también sentía hervirle la sangre. Pacíficos por naturaleza, les ofendía altamente el modo con que eran tratados. No pudo contenerse y, olvidándose de su poderoso cerebro, cargó contra

el Inukri más próximo, que diez segundos más tarde era una masa de carne sangrienta y machacada. Un griterío se elevó de las últimas filas, que comenzaron a arremolinarse.

Un guerrero disparó su fusil desintegrante contra el Bogo que había roto las hostilidades. El hombre-rojo ss quedó boquiabierto al ver que el proyectil reventaba inofensivamente contra la durísima piel de la bestia, y aquel momento de estupor le fue fatal, porque en el segundo siguiente fue atrapado éntre los cuatro brazos del exápodo y destrozado rabiosamente. El Bogo abrió la boca, y aquello fue aprovechado por un Inukri para meterle un balazo atómico por ella. La epidermis de sus fauces era más débil que la exterior y el Bogo se desplomó inerte. Al caer todavía aplastó un par de guerreros que no anduvieron listos en apartarse.

Por otra parte, los Bogos también apreciaron, a costa de los cadáveres de una docena de los suyos, cuál era su punto vulnerable, por lo que volvieron grupas. Podían caminar, gracias a su especial conformación y al ojo de la nuca, casi con tanta rapidez hacia atrás como adelante, por lo que se arrojaron, haciendo trepidar la tierra, sobre los desembarcados, quienes, instintivamente, comenzaron a apiñarse en un apretado grupo.

No en balde era Bu-noth el jefe y así su primera orden, roto ya el combate, fue:

—Protección de pantallas dispersoras —gritó, por el micrófono, y los auriculares individuales lo repitieron doscientas veces en doscientos oídos.

Algunos Bogos ya estaban encima de los Inukris cuando la orden fue dada. Para ellos no fue eficaz la protección, por lo que causaron estragos antes de que los sorprendidos guerreros pudieran reaccionar, pero no tardaron mucho en caer abrasados por las descargas micronucleares. Pero el resto de las huestes de Crilar se estrelló contra la invisible, pero no menos eficaz por ello, protección, cuya potencia fue aumentada por un suministro extra de energía que le fue enviada desde la astronave, a petición de Bu-noth, temeroso de que aquellas enormes bestias concluyeran por violar la pantalla dispersora.

Colin, se decidió a actuar entre tanto. Desobedeciendo las específicas órdenes de Crilar empuñó su lanzarrayos y oprimió el disparador. La protección no servía contra aquella formidable arma y los mortíferos rayos UF abrieron ancha calle entre los Inukris, de cuyo grupo se elevaron estremecedores aullidos de dolor, procedentes de aquellos

que se habían encontrado en los bordes de la trayectoria de la descarga y que no murieron instantáneamente, sino solamente abrasados en parte. Los primeros no tuvieron tiempo de enterarse siquiera de lo que les ocurría.

Pero Bu-noth también tenía un triunfo en la manga para inutilizar aquellos rayos. Concentró toda la energía posible frente al muchacho de quien querían apoderarse y la siguiente descarga resultó totalmente inútil. Aquello fue aprovechado por los Bogos que se encontraban a retaguardia para destrozar cuarenta o cincuenta Inukris más, mas a su vez también fueron fulminados por las incesantes descargas de las armas nucleares portátiles que los guerreros llevaban.

Colin volvió a disparar de nuevo, y entonces ocurrió una cosa extrañísima. Había mantenido el dedo en presión constante sobre el liberador de descargas y el fulgurante rayo blanco que partió de la elipsoidea boca del arma chocó con la invisible pantalla protectora, que al instante se convirtió en una semiesfera de color rojo brillante, visible, no obstante, cuanto había en su interior.

El color rojo comenzó a comunicarse al rayo UF. Este comenzó a perder rápidamente su blancura.

—¡Tira la pistola!—chilló Crilar, espantado, y el muchacho obedeció, La arrojó unos cuantos pasos por delante de él.

El rayo, como si fuera una cosa sólida, se dobló, zigzagueó, pero sin separarse de la boca del arma ni de la pantalla dispersora, sólidamente unido a ambas por sus dos extremos. Y, cuando al fin, el color rojo llegó a la boca de la pistola, ésta reventó en un silencioso y deslumbrante fogonazo de color carmesí.

Se expandió inmediatamente un cálido soplo de aire que derribó por los suelos a Colin. Los Bogos rebufaron espantados y retrocedieron instintivamente, pero un penerante berrido de Crilar los mandó hacia adelante de nuevo, en una carga suicida y desesperada. Él se quedó atendiendo al muchacho que había quedado exánime en el suelo.

—¡Más energía!—refunfuñó Bu-noth, y de la nave le fueron enviados torrentes de fuerza, que formaron en torno suyo y de sus ya mermadas huestes, un impenetrable caparazón transparente—, pero casi visible, contra el que se estrellaron todos los insuperables esfuerzos de los Bogos.

Los primeros comenzaron a caer. Eran resistentes, inmunes a cualquier arma ordinaria y un cañonazo de 8,8 apenas si les hubiera hecho

daño. Pero la tensión energizada de la defensa dispersora era elevadísimo y, a medida que se estrellaban contra la parte baja de 1a. semiesfera, iban cayendo fulminados, como si los electrocutasen. Los que iban detrás empujaban a los de los primeros y pronto se formaron gigantescos montones de Bogos muertos. Crilar se dio cuenta de la catástrofe y elevó su poderosa voz deteniendo la suicida matanza. Reconoció que no le quedaba, otro remedio que aguardar por el momento y lamentó infinitamente no haberse apercibido antes de la llegada de los guerreros. En la cueva y en la astronave que todavía se alzaba detrás de una colina, orgullosa y brillante, como el primer día en que aterrizara, había armas suficientes para aniquilar aquellos salvajes hombres rojos. Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudieran llegar hasta allí serían aniquilados o, cuando menos, impedidos de ejecutar sus propósitos.

Intentó enlazar su mente con la del jefe Inukri. Imposible. La protección del dispersor servia también para los impulsos mentales. Los minúsculos aparatos detectores que Bu-noth llevaba pendientes del pecho se lo indicaron y lanzó una corta y siniestra carcajada,

—¡Vuestras armas no sirven para nada contra las nuestras!—rio complacido—. Entregadnos al muchacho si queréis vivir.

Crilar bufó malhumorado y despectivo. Todavía no creía perdida la partida. Dio una orden y sus Bogos retrocedieron unos cuantos pasos. Sus poderosas mentes eran capaces de fulminar un hombre con las descargas electromentales que proyectaban y quiso realizar una última intentona. Cientos, millares de cerebros bogianos se pusieron a trabajar intensa y activamente.

Bu-noth palideció y su roja epidermis adquirió un tono rosado que indicaba el miedo que estaba pasando. Miedo, no a la muerte, sino a aquella Señora que les estaría contemplando tranquilamente desde una pantalla, cómodamente instalada en su Cámara. Tembló una vez más por su puesto y, lanzando un ronco grito, ordenó reforzar la protección, de la cual comenzaron a saltar chispas indicadoras de las tremendas presiones que se ejercían sobre ella. Pero resistió y unos minutos después, algunos Bogos cayeron rodando por el suelo, exánimes, fulminados por sus propias descargas, vueltas contra ellos mismos.

Crilar se dio cuenta de que todos sus esfuerzos eran inútiles. Habían sido vencidos y fue el primero en reconocerlo. Bu-noth volvió a hablar:

—Dejaos de tonterías. Ese joven ha de venirse con nosotros, pues así lo ha dispuesto Aquella que Manda Sobre Todos los Inukris.

El Bogo se decidió a parlamentar. Hubo de ser a base de vibraciones sonoras, ya que sus emisiones mentales eran sistemáticamente rechazadas.

—¿Qué es lo que pretende hacer esa mujer con él?

Bu-noth se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni me interesa. Jamás se me ocurriría preguntárselo.

—¿Querrá matarlo?

—Me imagino que no. Hace ya mucho tiempo que anda buscando un ejemplar como ese que yace ahí en el suelo.

—Está bien — repuso Crilar. No tenía otro remedio. Proseguir la lucha hubiera sido conducir a todo su pueblo al exterminio. Poner en funcionamiento la astronave de Colin le hubiera llevado demasiado tiempo y tampoco podía intentar llevarse consigo al muchacho. Podrían lanzarle alguna descarga y, aunque él estaba seguro de resistir elevadísimas tensiones, el muchacho moriría al instante. Su anatomía no estaba hecha para soportar tales inconvenientes. —Lo entregaré — dijo—. Con una condición,

Bu-noth rio.

—Bueno. De acuerdo —en su retorcida mente se formó la idea de que el prometer era cosa barata y de escaso o ningún coste—. Veamos la condición.

—He de acompañarle yo. De lo contrario, lucharemos todos hasta morir.

Bu-noth se pasó la lengua por los labios, que se le habían secado repentinamente. La proposición del Bogo lo había metido en un atolladero de, para él, difícil salida. Sus órdenes eran estrictas y bien definidas: llevar el muchacho a bordo. Pero la Señora no le había hablado para nada de que lo acompañara un Bogo. Por la expresión de su cara, Crilar adivinó lo que pasaba en el interior de su antagonista y “sonrió” para sí, satisfecho.

—Podemos aniquilaros y llevarnos al muchacho, de todas formas — habló por fin Bu-noth.

—Os costaría mucho. Deberíais energizaros aún más y llegaría el momento en que la astronave no pudiera despegar. Tened en cuenta que antes de dos horas podría llenar esta planicie de Bogos y entonces todas las pantallas del mundo no os servirían para nada.

Bu-noth juró ampliamente. Crilar tenía harta razón. Pero los dos sabían que, en la siguiente lucha que se sucedería, caso de romperse las negociaciones, morirían todos, Colin incluido, y a ninguno de los dos jefes de los bandos en pugna les interesaba que tal cosa pudiera suceder remotamente. A Crilar porque tenía una promesa que mantener, y al almirante de los Inukris porque no le hacía mucha gracia que su pellejo se quedara allí y otro guerrero ocupara su puesto.

Renegando entre dientes, pensando con escalofríos en las inesperadas y, por completo, desconocidas reacciones de su dueña, hubo de acceder.

—Bueno. Vente con nosotros — protegido por el dispersor pensó que, en cuanto pudiera, se desharía de aquella bestia —. Pero antes haz que los tuyos se marchen.

Crilar hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y luego emitió un penetrante grito. Los Bogos retrocedieron y, refunfuñando, comenzaron a ocultarse bajo tierra. Cinco minutos después, solamente quedaban allí, con los Inukris, Crilar y su juvenil amigo, todavía desvanecido.

Bu-noth, tranquilo ya, aflojó la tensión de la pantalla y pasó a través de ella. Ordenó a dos de sus guerreros, que transportaran el inanimado cuerpo de Colin, pero Crilar se negó rotundamente:

—Ni hablar —adujo—. No quiero que lo toquen con sus puercas manos.

—Está bien — le indicó Bu-noth—. Vé delante y cuida con hacernos una jugarreta. No lo pasaríais muy bien.

El Bogo estiró sus brazos y levantó a Colin, que todavía permanecía inconsciente.

Pero cuando llegó el momento de llevar al joven a presencia de la Señora, surgió el conflicto. Crilar no podía pasar de determinado punto, ya que todas las puertas eran para seres de estatura tipo hombre.

—¡Que venga esa mujer aquí si quiere verlo!

Bu-noth se escandalizó. La sola idea de sacar a la Señora de su Cámara le parecía un sacrilegio inconcebible. Trató de suplicar, se retorció por el suelo, juró, amenazo, profirió espantosas imprecaciones elegidas de entre lo más selecto del idioma inukri, mas todo fue en vano. Crilar mantuvo irreductible su posición, y el jefe de los guerreros comenzó a pensar seriamente en la posibilidad de aniquilar aquella tozuda bestia, al precio que fuera.

Pero fue el propio Colin quien solucionó el problema, recobrando el conocimiento en el momento más oportuno. Cuatro frases concisas, pero lo suficientemente explícitas, bastaron para enterarle de cabo a rabo de cuanto le estaba ocurriendo. Sonrió agradecido a Crilar, a! mismo tiempo que le daba un fuerte puñetazo afectuoso.

—“Tizón”, pareces una de esas niñeras gruñonas que a veces salían en los libros. ¿Acaso crees que no sé manejármelas por mí mismo?

—Es que...—comenzó a decir el Bogo, pero se calló. No estaba muy seguro del futuro del joven, y aunque había disparado sus conexiones mentales, recorriendo la nave de arriba abajo, sin la menor anormalidad, sin que su cerebro encontrara indicios de próximo o remoto peligro para su protegido, algo había que le preocupaba: aquella puerta contra la cual se estrellaban todos sus impulsos electromentales, aquella intraspasable puerta, al otro lado de la cual se hallaba una mujer que deseaba a Colin a toda costa.

—Está bien. Sígueme —dijo Bu-noth, imperativo, echando a andar, pero se vio detenido por la mano de Colin.

—¡Eh, amigo! Primero yo. Hay que respetar la categoría, piel roja.

El rostro de Bu-noth adquirió un tono violáceo, que era el enrojecimiento de cólera de los Inukris.

—¿Sabes con quién estás hablando, mocoso imberbe?

Colin se encogió de hombros:

—Con un bicho de feria, supongo. Por eso yo debo ir delante. ¿Qué te creías?

—¡Un bicho de feria! ¡Un bicho de feria! —repitió Bu-noth, rugiendo de ira. No sabía la significación de la frase, pero adivinaba un insulto atroz—. ¡Un bicho de feria! ¡Ahora verás!

Se olvidó de su cargo, se olvidó de que debía llevar al prisionero intacto a presencia de la Señora. Se olvidó, en fin, de todo, y alargó la mano derecha con el pulgar extendido.

Pero no sabía de la sobrehumana agilidad de Colin que saltó aun lado, evitando el mortífero viaje de aquella córnea uña que, de alcanzarle, allí acabara con su vida, y luego su puño izquierdo se disparó con terrible violencia.

Alcanzado en el mentón, Bu-noth quedó sentado en el suelo, tanteándose la mandíbula, con estólida expresión, sin saber exactamente lo que le había ocurrido. Colin, con la risa en los labios se inclinó sobre el humillado Inukri:

—¿Qué? ¿Hemos decidido ya quién va a ir en cabeza?

Furioso, Bu-noth iba a contestar algo, pero no pudo. Una sonora carcajada estalló en aquel momento, pareciendo llenar todo el corredor con sus estrepitosos ecos. El Inukri recordó la misión que tenía y se levantó, siguiendo humildemente a Colin, que marchaba delante de él con la frente llena de orgullo.

CAPÍTULO VI

—Deberás entrar de espaldas — dijo Bu-noth, ya ante la puerta de la Cámara. Todavía flotaban en el aire los ecos de la carcajada que soltara la Señora al ver a su almirante estúpidamente en el suelo. Y éste no se encontraba de muy buen humor, precisamente.

—¿De espaldas? ¿Quién se ha creído esa presumida que soy? Entraré como me plazca. Ningún hombre es lo bastante esclavo como para aceptar tan absurda imposición —protestó Colin airadamente. Dio un violento empujón a la puerta, sin parar mientes en el pánico que se reflejaba en el rostro del Inukri y penetró en la estancia, para detenerse en seco apenas había dado cuatro pasos. Tras él siguió Bu-noth, pero con más parsimonia, de espaldas, como prescribía el protocolo, aguardando de un momento a otro la descarga eléctrica que pondría fin a sus miserables días.

—¡Diablos! —exclamó Colin, estupefacto, abriendo mucho los ojos, sin

poder dar crédito a lo que éstos veían.

—¡Je!—rio la mujer con voz cascada—. ¿Quién creías encontrarte aquí? ¿Una rediviva edición de la Venus de Milo?

Recobrado en parte de la estupenda sorpresa, el muchacho se irguió altivamente:

—Una Venus de Milo puede que no, pero tampoco una venerable momia faraónica.

Los ojillos de la mujer echaron chispas dentro de sus arrugadas cuencas. Su cara era un puro pergamino y no había lugar en ella que estuviera libre de los surcos propios de la edad que, en su caso, y debido a la cantidad de años que tenía aquel horrible ser, eran profundísimos. Una nariz aguileña que casi tocaba el delgadísimo labio inferior, junto con un mentón agudamente prominente; una boca carente casi en absoluto de piezas dentarias, y unas manos grandes y sarmentosas, completaban aquel cuadro de antigüedad que tan atónito había dejado al muchacho apenas entrara en lá Cámara. En la derecha tenia un anillo rematado por un enorme rubí que brillaba esplendentemente, despidiendo reflejos carmesíes que cambiaban continuamente según eran heridas sus facetas por la luz.

—¡Je, je! —volvió a reir cascadamente, en tanto que se levantaba con ayuda de un bastón totalmente de oro, repleta también su empuñadura de piedras preciosas. En contraste vivísimo con el lujo y el ambiente que la rodeaba, vestía de una manera completamente perdida ya en la noche de los tiempos: como lo hacían las damas de edad provecta de fines del siglo XIX. Colin había visto numerosos “films” y leído demasiados libros para no reconocer al instante la moda, que hacía que la mujer fuera cubierta de ropa de los pies a las orejas. Incluso la cofia era auténticamente victoriana, bien que sembrada de valiosas gemas. Pero, en cambio, sus ojos diminutos, negrísimos, brillaban con extraña vivacidad y no necesitaban la menor ayuda de cristales.

La Señora dio una vuelta alrededor de Colin, examinándolo curiosamente. Luego se plantó delante de él:

—No estás mal —dijo—. Creo que servirás.

—Serviré... ¿para qué?

—¡Silencio, jovenzuelo! —le reprendió ella—. Delante de mí nadie hace preguntas. Solamente se contestan.

¡Oiga usted, so momia...! —empezó a decir Colin, impacientándose—. Usted podrá mandar en estos tipos de color, pero yo soy un hombre, ¿se entera? UN HOMBRE, con mayúsculas...

—¡Chist...! ¡Quieto, quieto, no te excites! —replicó ella sarcásticamente. Bu-noth estaba aterrorizado. Era la primera vez que veía un ser tratar tan desconsideradamente a la Señora y sobrevivir. No acababa de entenderlo.

—Bueno, pero yo quiero saber para qué se me ha traído hasta aquí — replicó tozudamente el muchacho.

La mujer se fue cansinamente hacia la pila de almohadones en que se reclinaba habitualmente. En lugar de contestar su gesto se endureció. Miró a Bu-noth y éste sintió que sus piernas se le volvían de blanda cera.

—Yo... — comenzó a decir, pero la Señora le interrumpió furiosa.

—¡Silencio, esclavo! —gritó—. ¿Qué maneras son ésas de cumplir mis órdenes?

—No... no te... te entiendo...—Bu-noth estaba francamente aterrorizado.

—¡Cállate, hijo de un Korgo! Llama a Tr-lozh inmediatamente y vuelve con él al instante.

—Sí... siiií... —el Inukri dio media vuelta y salió corriendo. La mujer se levantó y se acercó de nuevo a Colin, sonriéndole de una manera extraña, en tanto que lo contemplaba extáticamente. El joven comenzó a sentirse molesto por aquella especie de adoración, pero calló. No sabía en qué iba a parar todo aquello.

—Perfecto —susurró ella muy bajo. Colin apenas si lo oyó. Tuvo que adivinarlo por el movimiento de los labios—. Perfecto. Sí. Servirás. Ya lo creo que servirás.

El muchacho dio una patada en el suelo, impaciente, y ya se disponía a increparla, cuando en aquel momento entraron los requeridos. Renqueando, la mujer volvió a su solio.

—Tr-lozh — habló—, vas a castigar a tu jefe.

—Sí, Señora — contestó mansamente el otro. El rostro del aludido se tornó de un rosa sucio.

Ella metió la mano en una caja que tenía al alcance de su mano, de la que sacó un artefacto que hizo abrir mucho los ojos a Colin. La mujer rio de nuevo con aquella tonalidad resquebrajada:

—Esto es un arma antiquísima. Pero es lo que se merece ese estúpido de Bu-noth. Podría matarlo, mas la diversión se acabaría en seguida.

—¡Señora!—exclamó el Inukri, espantado. Por su frente comenzaron a correr gruesas gotas de sudor—. ¿Acaso no cumplí fielmente tus órdenes?

—¿Fielmente? ¿Y el Bogo que me has traído? ¿Para qué quiero yo a esa bestia en mi nave?

—Señora —Bu-noth intentaba eludir el castigo por todos los medios—, no podía traer al joven si no venía el Bogo con nosotros.

—¡Basta ya!—gritó ella impaciente—. Tr-lozh, si quieres ganarte el puesto de almirante a pulso, utiliza este látigo de piel de Bogo. Podría darte uno eléctrico, pero prefiero los sistemas prehistóricos. Son mucho más divertidos y duran más, Centellearon los ojos del segundo de a bordo. Como buen Inukri, no estaba deseando otra cosa que poner una zancadilla a todo superior suyo, solamente por el hecho de serlo. De modo que en un salto cayó sobre Bu-noth, que no intentó oponer la menor resistencia y, desgarrándole la corta túnica que lo cubría le ató las manos con un trozo de la misma, y, con el resto, lo sujetó al pomo de la puerta. El inukri quedó así arrodillado y en el mismo instante, el látigo silbó una décima de segundo en el aire para concluir en un seco chasquido en la espalda del desgraciado Inukri.

Los golpes fueron lloviendo y el torso de Bu-noth, que no profirió, sin embargo, el menor gemido, empezó a cubrirse de cárdenos trazos transversales, de los que bien pronto comenzaron a saltar gotas de sangre. Colin miró alternativamente a los tres personajes de la escena, dándose cuenta que tanto en la boca de la vieja como en la de Tr-lozh florecían sendas sonrisas de satisfacción.

No pudo soportarlo más. Se arrojó sobre el verdugo, arrancándole el látigo, de durísima piel, más flexible en extremo sin embargo, y lo arrojó a un lado. Luego, antes de que el estupefacto Tr-lozh pudiera recobrarse de la sorpresa que la inaudita acción le había producido, Colin disparó sü puño derecho con demoledores efectos. El Inukri perdió un instante el contacto de sus pies con el suelo y luego rodó hecho una pelota.

No obstante, no perdió el conocimiento. Se levantó rabioso, violáceo

de ira. Colin se dio cuenta de que la mujer gritaba algo ininteligible, pero el guerrero no la prestó la menor atención. Con las rojas pupilas llameantes de ira, tanto por el hecho de haber sido golpeado, como por el puesto recién ganado de almirante de los Inukris que sabía estaba en peligro, avanzó hacia el terrestre, quien se dio cuenta de que ambos pulgares de su contrincante temblaban espasmódicamente. Colin supo en seguida las intenciones de Tr-lozh: abrirle en canal con un solo golpe. Debía evitar, pues, el mortífero contacto.

La Señora se desgañitaba en vano; Ninguno de los contendientes la prestó la menor atención. Colin fue retrocediendo lentamente, sin quitar la vista de los ojos de su enemigo. Pero, de repente, tropezó en algo y cayó de espaldas. Tr-lozh gritó de júbilo al mismo tiempo que se abalanzaba de un salto sobre el muchacho. Estaba seguro de no errar.

La filmoteca del “Can Mayor”, ahora abandonado en Bogia, tenía demasiadas películas con escenas de violentas peleas, que Colin había visto sobradas veces para no saber lo que tenía que hacer en aquellos momentos. Por otra parte, apenas pudo hacerlo, Crilar habíase “peleado” con él en numerosas ocasiones, para el adiestramiento de sus músculos y, aunque le faltase la natural habilidad resultante de auténticas peleas, el joven era un enemigo de cuidado.

Lo que le había hecho tropezar era nada más ni nada menos que uno de los numerosos cojines esparcidos por la Cámara. Revolviéndose sobre sí mismo, Colin logró apresarlo, colocándolo en el camino de la uña que rasgó el plástico, haciendo que se escapase el aire de su interior. Tan violento fue el golpe que tiró Tr-lozh que también rajó la capa inferior y aún rozó levemente la carne del muchacho. Pero éste respondió adecuadamente, levantando súbitamente la rodilla y haciéndola estrellarse contra el rostro del Inukri, quien lanzó un alarido de dolor. Un izquierdazo bestial lo acabó de separar y entonces Colin, dispuesto a rematar la faena, se puso en pie.

Cegado y todo como estaba, el Inukri movió su mano izquierda. La uña comenzó a rasgar el hombro derecho de Colin y terminó su dolorosa trayectoria en la muñeca del mismo brazo. El muchacho contrajo los dientes a causa del agudísimo dolor que le produjo el profundo surco causado por aquella animal arma, pero su puño izquierdo salió disparado en incontenible “*uppercut*”. Tr-lozh se tambaleó, y Colin, con una sola mano, continuó castigándole implacablemente. El Inukri profirió un ronco aullido de dolor que se escapó, muy a su pesar, de sus tumefactos labios.

Medio cegado por la lluvia de golpes, el Inukri so lanzó hacia adelante, pero ya el muchacho había decidido dejar de lado toda clase de consideraciones. Por lo tanto, su pie derecho, lanzado en incontenible movimiento, se clavó en el vientre de su antagonista, haciéndole lanzar un bestial alarido y, llevándose las manos a la parte afectada, inclinarse hacia adelante, lo que aprovechó el joven para fulminarlo con un fenomenal puñetazo en una oreja. El Inukri lanzó un ronco gemido y, estirándose repentinamente, concluyó por quedarse quieto en el suelo.

Pero Colin no se quedó quieto. Olvidándose del dolor que sentía en la región herida., olvidándose de la sangre que le corría en abundancia por el largo rasgón, se abalanzó hacia la mujer que había presenciado el brutal combate con una indefinible sonrisa de satisfacción, y la asió por una muñeca fuertemente, al mismo tiempo que la increpaba:

— ¡Vieja! ¡Vieja y maldita bruja! ¡Ahora mismo...!—pero Colin no pudo acabar su frase. Se sintió sacudido y, de repente, arrojado a un lado. La Señora apenas si había hecho fuerza, mas el hijo de terrestres conoció que no había hecho uso de otra cosa que de su propia fuerza física. La había bastado hacer una leve presión en el miembro herido, retorciéndolo a continuación rapidísimamente, y a Colin no le quedó otro remedio que verse proyectado a un costado.

No por ello abandonó la pelea. Se levantó instantáneamente de un salto e intentó abalanzarse de nuevo sobre la mujer. No pesaban ideas asesinas en el ánimo del joven, mas sí las de reducirla por la fuerza o por el método más expeditivo que pudiera hallar. Sin embargo, no pudo conseguirlo. Todavía estaba en el aire, saltando hacia ella, adivinando, más que viendo, la mueca de irónica satisfacción, que era aquella desdentada sonrisa cuando se retorció presa de intolerables dolores.

Se agitó epilépticamente. El mismo Bu-noth, todavía atado al pomo de la puerta, consiguió girar sobre sí y abrió los ojos, estupefacto por lo que veía. No se dio cuenta de que, con aquella acción, la puerta hacía perder su aislamiento total a la Cámara. Fija su vista en los botes que daba el muchacho a consecuencia de las tortísimas descargas eléctricas que recorrían su cuerpo, no tenía ojos para otra cosa.

Al fin, el joven quedó inmóvil, atontado por completo. La mujer se levantó de su sitial, desconectando el contacto eléctrico y, renqueando, como de costumbre, se acercó al caído terrestre.

Se arrodilló penosamente y entonces, cuando Bu-noth esperaba el fin,

hizo todo lo contrario. Pues aquella sarmentosa mano que ordenaba impíamente la muerte cuando era necesario, acarició suavemente las facciones de Colin que recobraban poco a poco su normal aspecto, tras las inevitables contracciones sufridas a consecuencia del voltaje que había recorrido todo su cuerpo.

Pero entonces, la mujer se dio cuenta de la observación de que era objeto. Sus ojos llamearon cuando su arrugado cuerpo se irguió:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!—aulló, mas dándose cuenta de que el Inukri no podía obedecer, se fue hacia la caja en donde guardara el látigo y sacó de ella un estilete, con el que cortó las ligaduras que sostenían a Bu-noth al pomo de la entreabierta puerta.

—¡Toma a tu compañero y lárgate de aquí! ¡Me. hacen daño los ojos cada vez que os veo, puercos encarnados!

Bu-noth se levantó como pudo, pues aún tenía las espaldas dislaceradas a consecuencia de la serie de latigazos que recibiera y, con enorme esfuerzo, cargó con el desvanecido cuerpo saliendo de la. cámara, mas en aquel mismo momento, de seis pisos más abajo subió un fenomenal estrépito, que hizo detenerse a todos.

Con el cuerpo en brazos de Tr-lozh, Bu-noth se volvió a la Señora como para pedirla instrucciones, pero ésta no le hizo el menor caso. Se volvió hacia el lugar en que habitualmente permanecía reposando y una vez allí conectó el observador de televisión, que transportó hasta aquel lugar las imágenes de lo que estaba sucediendo en las cubiertas inferiores.

Refunfuñando constantemente, Crilar se había paseado nerviosamente, disparando continuos dardos electromentales con el fin de averiguar la suerte que estaba corriendo su juvenil compañero. Pero todos sus esfuerzos eran inútiles. El blocaje que era la puerta de la cámara era demasiado fuerte para sus intentonas y, de repente, cuando ménos lo esperaba, sintió que sus impulsos podían penetrar en el lugar en que se encontraba Colin, precisamente en el momento en que estaba sufriendo los efectos de las descargas eléctricas.

Crilar rugió, dándose cuenta de que se le escapaba el medio más rápido de acudir al lugar en que yacía su amigo. Un grupo de guerreros se le echó encima. Los barrió, tanto física como mentalmente, lo primero a los más cercanos, y luego saltó.

Las ventosas de sus cuatro manos se adhirieron férreamente a las lisas paredes del ascensor. Este crujió, mas a pesar de todo, continuó

subiendo, bien que con más lentitud. Arriba se dieron cuenta de lo que ocurría y cortaron bruscamente la corriente. Pero ya Crilar estaba dos pisos más arriba.

Saltando enloquecido, rompiendo el duro metal, formando un estrépito ensordecedor, abollando planchas, retorciéndolas, deformándolas espantosamente, Crilar llegó al último piso.

Le costó menos de una décima de segundo el orientarse. Volvió a lanzarse hacia adelante, convertido en una borrosa mancha negra, que rompía por un igual cuerpos y mamparos, pero de repente se desplomó.

No estaba agotado por el esfuerzo. En realidad, podía haber mantenido aquel ejercicio durante unas cuantas horas más. Había algo que le hizo caer. Algo, por otra parte, muy elemental, que le privó de la victoria cuando ya la tenía casi al alcance de sus cuatro manos. Un simple gas, expelido precipitadamente desde la Cámara.

Crilar podría ser un ser de excepcional resistencia y su mecanismo respiratorio podía ser diferente al de los demás seres, pero no pudo resistir aquel gas, más hipnótico que narcótico, y que cogiéndole de sorpresa lo derribó exámine por el suelo. Ni siquiera el hecho de que los Inukris que pertenecían a la guardia personal de la que a sí mismo se titulaba Señora cayeran desvanecidos igualmente, pudo borrarle el acibar de la derrota, derrota tanto más amarga cuando ya había estado a punto de conseguir el triunfo. La puerta de la Cámara estaba bloqueada de nuevo, y por otra parte, sus últimos impulsos eran harto débiles para lograr algo positivo. Lo último que percibió fue una siniestra carcajada de alegría, Luego todo se borró ante su vista.

CAPÍTULO VII

La vieja de momificado aspecto, tranquilizada ya respecto al Bogo, ordenó lo oportuno para que se reparasen los desperfectos causados por la loca estampida de la bestia y, cuando con ayuda de potentes grúas se la llevaron del corredor inmediato a la Cámara, volvió, dedicando todas sus atenciones al desmayado muchacho. Le curó el rasguño de pavoroso aspecto y pronto, Colin recobró el conocimiento, merced a los enérgicos estimulantes empleados por la Señora.

—Usted quiso matarme — la reprochó acusadoramente.

Ella denegó con un movimiento de cabeza. Al muchacho le pareció que su expresión se había dulcificado un tanto:

—No. Solamente quería defenderme de tu locura. Me interesas mucho más vivo que muerto.

Colin se rascó la caneza:

—No lo entiendo — dijo, y la vieja sonrió.

—Tampoco te hace falta... al menos por ahora. Toma —tenía en la mano un vaso con una bebida de color amarillo-verdoso que el muchacho ingirió sin el menor temor, después de las manifestaciones de la mujer. Vio que ésta sonreía, continuando—. Duerme ahora un rato. Te conviene— y la imagen de la momia viviente desapareció ante los ojos de Colin, que se sintió invadido de una infinita paz. Sus párpados se cerraron y su pecho adquirió el ritmo de la normal respiración del durmiente.

No supo cuánto tiempo había dormido. Solamente, cuando volvió a abrir los ojos, advirtiéndose notablemente reconfortado y con el dolor del brazo ausente por completo, apreció que una de las cortinas que había en uno de los costados de la espaciosa estancia se movía ligerísimamente.

Se puso en pie de un salto. Su vista recorrió todo cuanto le rodeaba sin poder encontrar ningún arma ofensiva ni defensiva. Un segundo después había decidido que no le eran necesarias.

Las cortinas se abrieron y una mujer penetró en la estancia. Onduló suavemente hacia Colin, quien no salía de su asombro.

—¡Fiuuu...! — silbó éste y luego—. ¡Ca... ramba!

La muchacha, pues no era más que una jovencita, aún más que el terrestre, se llevó el índice a los labios en un gesto encantador. Colin, en tanto se le acercaba, pudo admirar a su sabor la esbeltísima figura de proporciones perfectas en su mediana estatura que rebasaba ligeramente sus hombros. Unos cortos y negrísimos cabellos enmarcaban el bien trazado óvalo de su hermosísimo rostro, en el que destacaban dos ojos del mismo color que el pelo, una nariz casi griega —sin el casi hubiera semejado una fría estatua—, y una boca a la que no hacía falta ningún afeite para poseer un delicado tono encarnado.

—¡Chitss…! —susurró—. No grites.

—Bueno, pero…

—Por favor — suplicó la muchacha sonriendo encantadoramente—. Habla bajo. Mi… mi abuela podría oírnos y no le gustaría enterarse de que estoy contigo.

—¡Fiuuu…!—silbó dé nuevo el muchacho. Verdaderamente se encontraba estupefacto—. ¿Tu abuela?

—Exactamente, mi bisabuela pero yo le llamo de la primera manera. Dice que así se siente menos vieja.

—¿Menos vieja? —Colin no pudo contener una carcajada, pero se puso al instante la mano en la boca. Cuando terminó de reírse en un relativo silencio, repitió—. ¿Menos vieja? Yo diría que es contemporánea de los Faraones. Y, dejando esto a un lado, ¿puede saberse quién eres tú?

—Ya te lo he dicho. La bisnieta.

Colin comenzó a impacientarse:

—Eso no me saca de ningún apuro. Yo vivía pacíficamente en el planeta de los Bogos y de repente aparecisteis vosotros, capturándome. El jefe de los guerreros me dijo que la Señora, o sea tu abuela, me necesitaba. Vine aquí, y todavía es la hora que alguien me diga lo que va a ser de mí. Por contra, he tenido que soportar una escena como solamente la había leído en "La Cabaña del Tío Tom", y cuando quise interrumpir la brutalidad de esa fie… ¡perdón!, de tu bisabuela, el salvaje que estaba utilizando el látigo se me echó encima y no me destripó por milagro. Me dejó el brazo hecho una pura lástima. ¡Mira…!

Colín alargó el miembro mencionado para que lo viera la muchacha, pero ésta soltó una carcajada que vibró con argentinos ecos en la amplia estancia. El joven se amoscó y luego se miró el brazo. Soltó una exclamación de sorpresa en la. que había muy poco academicismo.

—¡Diablos!—gruñó, y en verdad que tenía razones más que suficientes para mostrarse atónito. Aparte de una débilísima línea blanquecina que le subía de la muñeca al hombro, no le quedaba otra señal de la herida que le causara el Inukri.

—No lo comprendo — balbuceó, y de repente una idea luminosa cruzó la oscuridad en que se hallaba sumida su mente. Miró acusadoramente a la muchacha—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Ella se echó a reir:

—Pues... unos ocho días. Terrestres, naturalmente, o sea según el computo de tiempo que usáis vosotros. Te alimentamos, como es lógico. Mi... bisabuela— los ojos de la muchacha rieron al mencionarla— no quiso que padecieras más por nuestra causa.

—Sabes muchas cosas — dijo él, mirándola de soslayo—, pero yo ignoro todo lo referente a ti y a la momia. ¿Quiénes sois? ¿Cómo os llamáis? ¿De dónde venís y adonde vais?, e mejor dicho, ¿a donde vamos?

—Demasiadas preguntas haces, Colin Webster —y el muchacho respingó al oírse llardar por su nombre. Ella se le anticipó al aclarar —. Nos lo contó todo tu amigo. Sí, ese Bogo llamado Crilar, a quien nos ha costado bastante convencer de que no queremos hacerte el menor daño. ¿Sabes lo que ocurrió cuando te sublevaste contra mi bisabuela, antes de que perdieras el conocimiento?

Colin denegó con la cabeza y la joven se lo contó todo. Cuando terminó, el muchacho sonrió ampliamente :

—¡Simpático "Tizón"!—dijo—. ¡Lástima-que no pudiera llegar a tiempo para aplastar ese saco de piel y huesos!

—¡Basta!—-el piececito de la muchacha golpeó impaciente el suelo—. ¡Te prohíbo que, en lo sucesivo, vuelvas a llamar así a mi bisabuela!

—¿Qué tratamiento he de darle? — inquirió burlonamente—. ¿Alteza? ¿Majestad?

—Llámala la Señora, simplemente. Ella es la que manda en Inukrea, hacia donde nos dirigimos, y no necesita ningún otro apelativo.

—¿Y a ti? ¿Princesa heredera? — continuó Colín impertérrito.

—Mi nombre es Tamara y no necesito más — replicó ella orgullosamente.

—¡Cáspita! Si es un nombre terrícola — exclamó él, sinceramente asombrado.

—¿Y qué de particular tiene ello? — murmuró altivamente—. Yo... — Colin aguzó el oído, pues le parecía que la muchacha iba a meterse de lleno en el terreno de las explicaciones, pero se interrumpió de repente.

Tamara alargó ligeramente el cuello hacia un determinado lugar de la Cámara y de repente exclamó conturbándose:

—¡Chitsss...! ¡Adiós, Colin! Vendré otro rato a verte. No quiero que mi bisabuela me vea contigo, Ya sabes la clase de genio que gasta. Y no estoy dispuesto a que me castigue.

Y, volviéndose rápidamente, desapareció como una gacela detrás de las cortinas. Colín miró en la dirección indicada, pero la Señora aún tardó un minuto en aparecer, anunciándose por el toc, toc de su bastón. Apareció echando a un lado otra cortina que ocultaba el acceso a la estancia inmediata, y miró con sus vivaces ojillos al joven.

—¡Ah! Ya te has despertado, ¿verdad? Créí que ibas a dormir hasta el día del juicio.

—En todo caso usted habría tenido la culpa — replicó osadamente Colin, y la vieja le miró aviesamente.

—Eres un jovenzuelo con muy poca educación. Yo te la haré entrar, lo quieras o no. Es la desgracia de haber sido educado por una fiera...

—¡Crilar no es ninguna fiera!—cortó el joven con vehemencia. La Señora rio cascadamente.

—Llámalo cómo quieras! —y de repente alargó el cuello, husmeando el aire. Después extendió su huesudo índice hacia Colin, en un gesto harto acusador—. ¡Mi nieta ha estado aquí! —y, antes de que el muchacho tuviera tiempo de replicar, prosiguió—: Sí, no me lo niegues. Conozco de sobra su perfume favorito. Es una fresca y una rebelde. Pero en cuanto le ponga la mano encima, va a estar sin sentarse quince días. Le pasa igual que a tí: sus padres también murieron cuando era muy pequeña y siempre ha hecho lo que se la ha antojado...

—Es la desgracia de haber sido criada por una fiera — parafraseó mordazmente Colin, y la vieja lo miró estupefacta. Sus ojos despidieron chispas, pero luego se echó a reir.

—¡Bravo! Es una contestación que me merecía, sin duda alguna.

—Bien — exclamó Colin, perdiendo ya la paciencia del todo—. Acabemos de una vez. ¿Por qué estoy aquí? Quiero saberlo y supongo tengo algún derecho para estar enterado de mi porvenir.

—Tú no tienes ningún otro derecho que aquel que pueda tener el más miserable de los esclavos. A su debido tiempo te serán revelados los motivos de tu, llamémoslo rapto. Pero no ahora. Demasiado pronto todavía.

—Está bien — dijo Colin decepcionado, inclinando la cabeza—. Supongo que no me queda otro remedio que resignarme. Puedo, al menos, ver a Crilar.

En la agrietada voz de la mujer había una leve nota de simpatía hacia el joven, que él, preocupado, no supo captar sin embargo. La Señora tocó un pulsador y exclamó:

—Bu-noth, zoquete, ven inmediatamente. Cuando el Inukri se presentó, de espaldas, como habitualmente lo hacía, ella le ordenó:

—Acompaña al terrestre donde él te diga, ¿lo entiendes?

—Si, Señora — contestó Bu-noth con mansedumbre.

—No pongas la menor objeción a cuanto él te sugiera.

—Sí, Señora.

—Vamos, pues —dijo Colin echando a andar y, cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos captó la mirada de infinito odio que le dirigió el rojo guerrero.

—No sé por qué me miras asi, Bu-noth —dijo—. Jamás, cuando he hecho un favor a alguien, he solido pedirle el pago de su deuda; pero tampoco he visto que una persona que ha estado a punto de morir a latigazos y a la que he salvado de la muerte, me odie con todas las potencias de su alma.

Bu-noth mordió las palabras al contestar:

—De no haber sido por tí,, yo hubiera muerto, es verdad. Pero también, de no ser por tu inesperada aparición, yo seguiria siendo el almirante de la ñota Inukri.

—¿Acaso no lo eres aún? — inquirió, asombrado, Colin.

—Tú serás quien me releve — dijo Bu-noth, centelleándole los ojos

rojos como rubíes—. Está visto de sobra. Pero, ándate con cuidado —le mostró los dos pulgares provistos de las uñas, alargadas y afiladas excepcionalmente—. Ahora no puedo, pero en la próxima ocasión que pueda, te destriparé.

Colin se estremeció ante la perspectiva, pero no quiso mostrar miedo. Antes al contrario se echó a reir despectivamente:

—Lo mismo quiso hacer ese bestia de Tr-lozh o como se llame, y ya ves en qué paró. Y no me hizo falta ninguna arma que no fueran mis puños. De modo que el único que debe andar prevenido eres tú, ¡oh, hijo de un Korgo! —y le insultó deliberadamente.

Bu-noth masculló una intraductible imprecación y dio un paso hacia adelante, pero en aquel momento una voz harto conocida de los dos pudo escucharse distintamente:

—Bu-noth, el joven tiene toda la razón. Eres un legítimo hijo de un Korgo. Sigue caminando sin chistar lo más mínimo o, de lo contrario, si vuelves a dirigirle la menor palabra ofensiva, te enviaré a las cámaras energizadoras para toda tu vida. No lo olvides.

—Sí, Señora.

Y el amedrentado inukri se dirigió instintivamente, al asentir, hacia el lugar en que estaba instalado el invisible megáfono. Cedió paso, mal de su grado, pero con visible respeto, a Colin, y continuaron andando. El ascensor los llevó a los pisos bajos, en el último de los cuales se hallaba Crilar, aparentemente reposando en la enorme estancia que le había sido destinada, pero con uno de sus ojos entreabrierto, sin dejar que ni un solo sonido ni pensamiento de cuantos le rodeaban se escapase a sus hipersehsibilizadas células cerebrales.

—¡Hola, “Tizón”, viejo amigo!—exclamó Colin alegremente—: ¿Cómo te encuentras?

—Ya lo puedes ver — contestó la bestia sin moverse del sitio, únicamente alargó la mano número dos que era la más cercana al muchacho, acariandole afectuosamente. Éste se volvió.

—Lárgate, Bu-noth. Ya no te necesito —dijo, y el Inukri obedeció sin hacer la menor objeción.

—¿Qué te ha dicho esa vieja bruja que vive por allá arriba?—inquirió el Bogo. Colin se sentó en uno de los flexibles brazos, recostándose contra el lomo del exápodo.

—Nada. Sólo sé que me lleva con ella; pero no he podido sacar nada más en limpio.

—Déjame a mí que haga un recorrido por el interior de la nave y verás cómo antes de diez minutos estamos enterados de todos los trapícheos de esa venerable antigualla —el influjo de las películas y de la biblioteca del “Can Mayor” era evidente en las palabras de Crilar.

—¿Y qué sacaríamos con ello? —adujo sensatamente el muchacho—. No se me va a causar ningún daño, de modo que...

—Eso es lo que te dice ella. Tú no le puedes sondear el cerebro, pero yo se lo volvería del revés como un calcetín usado. La educación que te di sólo ha llegado al extremo de que tú y los de nuestra raza podamos comunicarnos telepáticamente. Me harían falta bastantes años para que puedas disponer de la facultad de bucear en las mentes ajenas y aniquilarlas si te es preciso.

—Bueno, pero ella no me quiere mal, “Tizón” — volvió a objetar el joven, y en aquel momento se escuchó una voz fresca y juvenil en la puerta de la estancia.

—Tienes razón, Colin.

El aludido se levantó de un salto, mirando hacia la destrozada puerta, destrozos necesarios para que por allí hubiera cabido el enorme corpachón del Bogo. Sonrió al ver a Tamara

—¡Hola, bisnieta! —dijo, y se recreó en la contemplación de la hermosura de la muchacha, que vestía una especie de blusa de un tejido metálico, de color de plata, brillante, y una falda relativamente honesta, pues apenas si le remontaba más arriba de las bien torneadas rodillas. Su calzado eran unas livianas sandalias y en el pelo llevaba una cinta que le sujetaba los rebeldes cabellos negros, todo del mismo tejido. Se apoyaba indolentemente en la pared.

—Tienes razón, Colin — repitió ella—. Mi abuela te lleva consigo y no desea hacerte ningún mal. Por el contrario, jamás ningún terrestre habrá disfrutado de las preeminencias que a ti te serán otorgadas y... ¡Oh!—Tamara pateó leve e impacientemente el suelo—. Ya me he ido de la lengua demasiado.

—Cualidad típicamente femenina —rio satisfecho Colin, y el hermoso rostro de la muchacha enrojeció ante la descarada alusión.

—¡Eres... eres un...!—no encontraba palabras con qué demostrar su

indignación. Dio media vuelta e intentó marcharse, enfadada, pero Colin tenía muy bien desarrollados los músculos de sus piernas y la alcanzó de un salto, sujetándola por un brazo, diciéndola:

—No te vayas tan pronto, bisnieta. Tú y yo tenemos muchas cosas que decirnos y...

Un estrépito horroroso cortó en, seco la frase que acababa de pronunciar. La gigantesca nave se tambaleó y el suelo adquirió repentinamente una inclinación de cuarenta y cinco grados. Colin y Taimara fueron arrojados a un lado y voltearon inermes por el pavimento metálico hasta que sus cuerpos chocaron contra un mamparo. En cuanto a Crilar le bastó disparar sus músculos succionadores, poniendo en funcionamiento las ventosas de las palmas de sus extremidades, y quedó sólidamente adherido al suelo. No obstante se incorporó y gruñó alarmado, en tanto que proyectaba sus impulsos al espacio, los cuales quedaron cortados instantáneamente, ya que la pantalla dispersora, energizada súbitamente, para la protección de la nave atacada, se lo impidió.

Sujetándose con las ventosas para no resbalar, se acercó a los dos jóvenes que pugnaban por incorporarse. una mano para cada uno fue suficiente, mas apenas lo había hecho, cuando la nave recobró su posición normal.

Comenzaron a escucharse los gritos de los Inukris, que corrían sorprendidos a sus puestos de combate. Los timbres de alarma, disparados por los guerreros de guardia, sonaban incesantemente, convirtiendo el interior de la nave en un auténtico pandemónium.

—¡Suéltame, Crilar!—gritó la muchacha—. ¡He de ir con mi abuela! —y la bestia obedeció. Seguida por Colin, se precipitó hacia el elevador, introduciéndose en él, en el preciso momento en que de nuevo la espacionave sufría otra espantosa sacudida. Vibraron siniestramente los hierros del interior, pero resistió. El ascensor recorrió velozmente la distancia que le separaba del último piso y, una vez allí, en el corredor, la muchacha le dijo:

—¡Aguárdame un instante!

Se marchó apresuradamente, desapareciendo de su vista. Un minuto más tarde le llamaban:

—¡Colin, acércate! ¡Qué haces ahí como un pasmarote?— gruñó la vieja, que a continuación gritó—; ¡Bu-noth, estúpido! ¡Ven inmediatamente, o te cortaré la cresta a tijeretazos!

Se quedó asombrado. La cámara que parecía de cuento oriental había desaparecido y en su lugar se vela el cuarto de control de una astronave repleto de instrumentos de gobierno y delectación. Sentada en un sillón de extraña forma, adecuada por completo a su provecta anatomía, hallábase la Señora, gobernando en persona la nave. En las indispensables pantallas, unas de espaciorradar y otras televisoras simplemente, divisábanse los puntos luminosos que eran las naves enemigas.

Atraído a su pesar, Colín clavó su vista en uno de los rectángulos vidriados en el momento en que la vieja manejaba el mando de aproximación telescópico. Dotado de objetivo electrónico, las espacio-naves enemigas, de afiladísimas estructuras y morros puntiagudos en extremo, con un dibujo ajedrezado en blanco y negro en los costados, fueron traídas hasta la pantalla como si estuvieran volando a corta distancia de la nave en que navegaba Colin.

—¡Malditos Korgos! —oyó refunfuñar a la vieja.

— Les voy a dar... Bu-noth, ¿dónde te has metido?

—Aquí estoy, Señora — respondió la voz del Inukri, quien venía equipado de todas sus armas para la batalla recién comenzada. La mujer alzó la vista hacia un espejo que tenía frente a ella y frunció el ceño. Bu-noth no estaba de espaldas.

—¿Qué maneras son esas de entrar aquí? ,

—Las de un comandante supremo de la flota que ha decidido tomar las riendas del gobierno de Inukrea y concluir con tu despótica tiranía, vieja maldita— respondió sorprendentemente el hasta entonces abyectamente sumiso Bu-noth. La Señora y Colin se volvieron simultáneamente, mudos de sorpresa.

CAPÍTULO VIII

Las inesperadas e inexplicables palabras de Bu-noth dejaron estupefactos a la mujer y a Colin, quienes, de momento, se quedaron sin saber qué decir. Pero el joven fue el primero en reaccionar.

El Inukri sonreía satisfecho. Rebelándose contra años de dura servidumbre, había liberado su espíritu de todos los prejuicios de inferioridad en que había estado sumido desde el mismo instante de su nacimiento y su mano derecha, para confirmar sus palabras, se encaminó hacia la pistolera, en la que tenía un lanzador de rayos UF. Su propósito era bien claro: liquidar a la Señora y al joven que, por extraños designios, había, en tan poco tiempo, alcanzado tales preeminencias en el indescifrable ánimo de la mujer.

Ésta gritó. Quizá fuera el alarido de la Señora; quizá la conciencia de su superioridad que le hacía confiarse, el caso fue que Bu-noth se distrajo durante una décima escasa de segundo, tiempo más que suficiente para que no tuviera tiempo de contemplar su siniestro movimiento. Saltando en irresistible "*plongeón*", con los brazos extendidos, Colin cayó sobre él, derribándolo en el acto.

Apartó de un manotazo aquella garra de la culata del lanzarrayos. Un golpe con el puño de través en la mandíbula del hombre rojo fue más que suficiente para atontarlo y luego Colin se incorporó.

—¡Cierre la puerta! —ordenó, y la mujer se apresuró a cumplir su orden. El sarmentoso índice oprimió el pulsador y la mampara quedó sin solución de continuidad, totalmente aislada la cámara del resto de la espacionave.

Cogió al semiinconsciente Bu-noth por el cuello, poniéndolo en pie. Para sacarlo de su atontamiento recurrió a un expeditivo método: le sacudió de palma y revés, alternativamente, en ambas mejillas, hasta que el atontado Inukri concluyó por darse cuenta cabal de cuanto le ocurría.

Colin rio con duro sarcasmo. En su mano sostenía firmemente el UF, y soltó a su antagonista.

—Conque rebelde, ¿eh? De modo qne has decidido proclamarte jefe supremo de Inukrea. ¿Contaste conmigo acaso?

Bu-noth no temía a la muerte, por lo que .se irguió altivo:

—Podéis hacer conmigo lo que queráis. Sé que he fracasado, pero los Korgos, mis aliados, me vengarán,

—¡Vaya, vaya! ¿Se fija usted, saco de huesos? Los Korgos son sus aliados.

—Dejando a un lado lo de saco de huesos, lo mejor que puedes hacer

es graduar el lanzarrayos al mínimo y reducir ese insolente a polvo —refunfuñó, molesta por el calificativo, la mujer, dispuesta a castigar a Bu-noth por su traición.

—Eso es lo que él quisiera — repuso fríamente Colin —. Pero usted ignora una cosa. El propio Bu-noth nos lo dirá. Anda, explícate.

—Es cierto. Yo obedezco...

—Obedecías, mejor dicho — interrumpió desdeñosamente la Señora. El Inukri no hizo el menor caso. Continuó:

—...a ti, pero mis hombres solamente harán caso de lo que yo les ordene.

—Y tú les dirás que ocupen sus puestos dé combate y peleen hasta morir con esos Korgos, ¿no es. cierto?

Bu-noth retrocedió un paso:

—¡Jamás!—exclamó firmemente—. Antes me dejaré matar.

—No. Si no te queremos muerto, sino vivo y bien vivo. Anda — le tendió el micrófono—. Habla y diles a los Inukris que combatan como saben. ¿Qué tal lo hacen?—se volvió Colin a la vieja.

—Cuando quieren, no hay mejores luchadores — replicó ella con franqueza.

—Mejor que mejor. ¡Vamos! —pero el Inukri no se movió. Colín se echó a reir:

—La verdad es que no sé por qué hago esto. Quizá lo mejor para mí sería quedarme a un lado y que la cuestión fuera resuelta por los interesados, con o sin Korgos. Tendré que usar medios que convenzan a este bruto de la necesidad de obedecer.

—No — respondió obstinadamente Bu-noth.

—Está bien — y de repente el muchacho alzó la mano con la pistola UF y el grueso cañón de ésta abrió ancha brecha en la frente del Inukri, que cayó al suelo exhalando un gemido. Inclinóse sobre él y para los fuertes músculos de sus brazos fue cosa sencilla el levantarlo de nuevo. Levantó otra vez el lanzarrayos, pero Bu-noth se entregó:

—¡Basta! ¡Qué es lo que tengo que hacer?

—Demasiado lo sabes, piel roja. Toma —y le entregó el micrófono. Colin miró por la pantalla, dándose cuenta de que las naves korgianas revoloteaban de un sitio para otro, visiblemente desconcertadas. Por lo visto, habían esperado que, tras los dos disparos de aviso, los Inukris se rindieran, como al parecer era lo convenido con anterioridad, pero en lugar de ello, la pantalla dispersora, energizada al máximo, había sido proyectada al extérior, y aquella protección había hecho inútiles sus esfuerzos. Y, en tanto que el humillado y avergonzado Bu-noth emitía sus órdenes, poniendo a toda la espacionave en posición de combate, la Señora miró curiosamente a Colin.

—¿Por qué te has puesto dé mi lado?

Él se echó a reir:

—No lo sé. Quizá porque tú también tienes una forma completamente humana, aunque hay que mirarlo con demasiado optimismo para creérselo.

—¡Insolente! —bufó la vieja.

—Hay otro motivo — continuó él impertérrito.

—¿Cuál?

—Mis padres. Los asesinaron por el simple hecho de ser terrestres. En el fondo, no era una cuestión de dominio terrícola, sino envidia por el hecho de que los descendientes de los terrestres no se habían mezclado jamás con los habitantes de otros planetas. Ellos tenían formas, aunque humanas, levemente diferenciados unos; más acentuadas las distinciones físicas otros. Naturalmente, no puedo estar en favor de un tipo de la calaña de Bu-noth. Y, aclarado ya el asunto, lo mejor será que tomemos la iniciativa y procuremos despejar el camino. Con tu permiso, me sentaré junto a ti.

Lo hizo así, sin aguardar el consentimiento de la mujer y luego tomó el mando de las operaciones.

—Pero ello no significa que tú tengas que ausentarte de aquí. Yo te daré unas órdenes, que tú cuidarás de transmitir fielmente a tus subordinados, ¿entiendes, hijo de un Korgo? —humilló deliberadamente a Bu-noth, a quien no le quedó otro remedio que tascar el freno.

En el cuadro de pantallas se reflejaba fielmente todo lo que ocurría en

el exterior, por los cuatro costados de la astronave, que se hallaba totalmente rodeada por las korgianas.

—Eres una buena presa —rio el joven, dirigiéndose a la mujer—. Di a tus hombres que pongan en funcionamiento los UF y que barran todo el espacio circundante.

—Sí. Al momento — y un instante después, la nave se erizó de rayos de fulgurante blancura que iluminaron vividamente la noche eterna interestelar. Agitándose como cosas vivas, fueron de un lado para otro, fundiendo naves enemigas, como si fueran simples pellas de manteca, Una tras otra saltaron en mil pedazos o se convirtieron en informes montones de metal que, tras fundirse en cortadísimos segundos y alcanzar elevadísimas temperaturas, quedaron convertidos en minúsculos cuerpos celestes, condenados a vagar por el Universo hasta ser atraídos por algún planeta.

—Disminuye la energía —murmuró Bu-noth, quien ya se había despedido del pellejo. Si triunfaban los Korgos, su primera reacción sería liquidarle. La pérdida de tantas y tantas naves les tendría en un estado de furia muy próximo a la locura. Y de la Señora no cabía esperar la menor compasión. Después de lo ocurrido, el Inukri ya sabía cual iba a ser su suerte. Por ello se encogió de hombros mentalmente y continuó transmitiendo sus órdenes.

Pero de repente ocurrió algo extraño. Colin y la mujer creyeron por un instante haber eliminado todos los aparatos atacantes. En la pantalla visora no se percibía el menor detalle. Sin embargo, cuando a Colin se le ocurrió echar una mirada al espaciorradar, la sangre se le congeló en las venas.

Todavía se hallaban a grandísima distancia de la nave, pero los aparatos korgianos llenaban totalmente aquel rincón del cielo. En apiñada manada, se abalanzaron sobre la astronave de Inukrea.

Los UF fueron disparados febrilmente, en tanto que la pantalla fue energizada al máximo, debiendo trabajar los generadores frenéticamente. Las agujas indicadoras de éstos comenzaron a alcanzar la línea roja que indicaba el punto álgido de presión y voces alarmadas comenzaron a salir de los vigilantes y encargados de las cámaras de energía. Pero la mujer continuaba, por boca de Bu-noth, insistiendo tenazmente y el dispersor continuó funcionando, en tanto que los propulsores alcanzaban igualmente su límite de velocidad, haciendo que la nave pareciera una raya de luz atravesando el espacio.

Los UF continuaron barriendo naves atacantes y convirtiéndolas en flotantes cementerios, con centenares de ocupantes cada uno. Pero, de súbito, abalanzándose sobre el aparato Inukri, cuya velocidad disminuía lentamente a causa del excesivo consumo de energía, adoptaron, en rapidísima maniobra, una formación sorprendente.

Colocándose en hilera, una tras otra, de tal modo que casi parecían tocarse, formaron una lanza curva que, tras describir una inmensa parábola en el cielo, se arrojó bestialmente contra la pantalla dispersora. Cegadores fogonazos comenzaron a iluminar la noche, a medida que las naves korgianas iban estallando una tras otra, sin apenas solución de continuidad. Durante aquellos interminables momentos, en los que un multicolor y gigantesco chisporroteo restalló vividamente, cegándolos con sus descomunales resplandores, Colin se dio cuenta de la insania del hombre o ser, para él desconocido, que mandaba aquellas fuerzas asaltantes que querían apoderarse a toda costa del aparato en que viajaba, sin reparar en medios ni vidas y, también se dijo, que algún poderoso motivo debía tener para obrar de tan inhumana manera, pues no concebía que para apoderarse de una simple astronave, sacrificara decenas y más decenas de las suyas.

Las naves korgianas fueron consumiéndose en el dispersor energizado, pero al fin ocurrió lo que tanto el muchacho como la vieja temían: la protección fue rota y los aparatos enemigos, cayendo a pesar de todo fulminados por los UF, tomaron contacto con el aparato Inukri, que se tambaleó violentamente al recibir la primera embestida. Varios golpes más sacudieron violentamente la estructura de la espacionave y Colin y Bu-noth rodaron por el suelo, incorporándose, no obstante, al momento.

Falló durante unos segundos la luz. Parpadearon las lámparas, Pero Colin no perdió el tiempo:

—¿Hay generadores de luz supletorios?

—Sí —repuso la mujer, y ella misma los puso en funcionamiento. El equilibrio lumínico se restableció inmediatamente, pero también en el mismo instante, una serie de gritos y alaridos pudo escucharse distintamente a través de los transmisores de sonido. Y las pantallas televisoras trajeron hasta las pupilas de Colin una serie de imágenes espeluznantes.

De alguna manera que él desconocía, la nave había sido invadida. Torrentes de Korgos habían penetrado en sü interior y atacaban a los Inukris exterminándolos sin piedad. El interior del aparato espacial se

habla convertido en un infierno de fuego y explosiones micronucleares y durante unos segundos Colin no pudo por menos que sentirse absorto ante el extraño aspecto que ofrecían los asaltantes.

Parecían unos guerreros terrestres del medievo, pero totalmente cubiertos de hierro o de un metal que así lo parecía., y que no les impedía una relativa facilidad de movimientos. El casco era una escafandra completa, con una ventana en la parte delantera de un cristal azulado, de enorme espesor y gran limpieza de visión. El metal de las extrañas armaduras se hacía flexible en las articulaciones y, en lugar de manos llevaban unos ganchos o tenazas de dos brazos, en las cuales sostenían las extrañas armas con las que se abrían paso a pesar de la irreductible resistencia de los Inukris.

Llevaban adosados a la espalda unos enormes depósitos cuya utilidad no supo discernir el muchacho, ya que tenían una forma como él no había visto jamás, y de los que partía una especie de manguera, del mismo metal, aunque flexibilizado, que terminaba en las tenazas que les hacían de mano. De cuando en cuando soltaban un chorro de la substancia contenida en los depósitos y cuando ésto ocurría uno o dos Inukris se convertían en una brasa viva que cortaba en el acto sus alaridos de espanto.

—¡Nos están acorralando! —gritó el muchacho.

—¡Bu-noth, estúpido! ¿Por qué no has ordenado a tus hombres que utilicen los energizadores individuales? —refunfuñó la mujer. El signo de la batalla que se desarrollaba en los pisos inferiores era claramente adverso para los Inukris.

El interpelado obedeció. Cada guerrero propio puso en funcionamiento el artefacto requerido, pero todo continuó igual. Ante la desmesurada potencia de aquella terrorífica arma no había nada que se le pudiera oponer y los Inukris continuaron dejándose abrasar vivos antes que ceder un solo palmo de terreno. Locos de rabia disparaban como energúmenos sus fusiles y pistolas de carga micronuciear, pero las armaduras korgianas resistían perfectamente y sus propietarios continuaban el lento e irresistible avance, dejando tras sí montones de cadáveres humeantes.

—¡Esto se acaba!—murmuró Colin—. Pronto estarán aquí arriba, y si no tenemos armas mejores que oponerles...

Las tenían, aunque él no se acordaba siquiera del Bogo, que de repente salió de su lugar de reposo, arremetiendo, con terrorífica

imparcialidad, contra Korgos e Inukris, aunque en seguida apreció Crilar sobre quién debía concentrar sus ataques.

Colín observó estupefacto que el metal fundido que brotaba de las mangueras de los asaltantes y con el cual quemaban a los Inukris no hacía nada a Crilar: le resbalaba por su indestructible epidermis y aquel hecho, por completo insólito para los Korgos, les hizo vacilar unos momentos.

El Bogo se aprovechó del desconcierto en que habían caído los atacantes. Moviéndose con pasmosa agilidad, a pesar de su gigantesca masa, atacó con furia inconcebible, pues los Korgos no estaban aislados por proyecciones energizadas, y Crilar sabía que la vida del muchacho podía peligrar. Haciendo caso omiso de los torrentes de líquido metálico que hacían intolerable el ambiente; sin prestar mientes a las continuas explosiones micronucleares de las armas Inukris, cayó sobre los acorazados asaltantes como una Némesis vengadora, aplastándolos con sus poderosos miembros y convirtiendo sus impenetrables armaduras en algo completamente inservible, a no ser para chatarra.

Gritos de espanto y agonía se elevaron de los maltratados Korgos, cuyos cuerpos se reducían a sanguinolentas masas cuando eran machacados dentro de sus armaduras. Volaban por los aires para estrellarse en los mamparos, transformándose en rotos muñecos de "*guignol*" y sus aullidos espeluznantes quedaban cortados apenas iniciados, cuando la muerte les liberaba de aquel horror.

Hubo un movimiento de vacilación y desorden en las filas korgianas. Muchos de ellos retrocedieron en confuso montón, olvidándose de la formidable arma que portaban a sus espaldas. Los más decididos perecieron a manos del enloquecido Crilar, y, durante unos momentos pareció que éste iba a quedar como dueño del campo.

Pero, de repente, cuando más critica era la situación de los Korgos, cuando parecía ya que la victoria se iba a decantar del lado de Crilar, la decoración sufrió un rudo cambio.

Más boquetes se abrieron en la estructura de la espacionave y torrentes de hombres con coraza penetraron en su interior, usando impíamente sus proyectores de metal en fusión. Los Inukris comenzaron a ceder el terreno, dándose cuenta desalentados de que sus fusiles nucleares eran inútiles, y los recién llegados, distribuyéndose como una incontenible marea por todos los pisos de la nave, comenzaron un lento, pero seguro progreso, cuyo término

estaba visto con toda claridad.

—¡Tendré que actuar yo en persona! —murmuró Colin, al advertir en la pantalla el completo fracaso de la defensiva. Crilar continuaba causando estragos, inmune por completo a los ríos de ardiente metal, mas aun así y todo, su esfuerzo era insuficiente. Hubieran sido precisos cincuenta o sesenta más como él para obtener apreciables resultados, y, aunque no daba abasto, aunque se movía incesantemente, sembrando la muerte y la destrucción por cualquier lugar por donde pasaba, los Korgos eran infinitamente superiores en número y pronto se encontraron en el piso superior.

Colin quiso echar a correr hacia la puerta, pero le detuvo un ademán de la mujer:

—¡Quédate aquí — le suplicó de una manera extraña que el joven no supo apreciar con la exactitud del momento, pero él denegó.

—Imposible. Debo hacer algo por rechazar los asaltantes. Será mejor que cuides de tu nieta —Y echó a correr, con el lanzarrayos en la mano.

Apenas salido de la cámara se tropezó con tres o cuatro Korgos. Éstos enfocaron sus mangueras hacia él, pero fueron lentos. Los UF, liberados de su prisión, recorrieron fulminantemente el espacio que los separaba de su blanco, y los hombres de acero se convirtieron en humo al instante. Colin continuó corriendo y se asomó por el pasamanos de la cubierta.

Barrió grupos enteros de asaltantes, reduciéndolos a cenizas antes de que ellos se enterasen. Los gritos de júbilo de Crislar al darse cuenta de que su amigo había entrado en acción atronaron el ambiente, sobresaliendo de entre el barullo general.

—¡Voy para ahí! —le comunicó telepáticamente. Tomó un Korgo por el sencillo medio de utilizar una de sus ventosas y luego, tras hacerle describir un rapidísimo semicírculo, lo arrojó contra un grupo de tres o cuatro congéneres que rodaron por los suelos, llenos de pavor. Atravesando el piso que tenía encima, se presentó súbitamente ante un montón de atacantes que estaban eliminando las últimas resistencias.

Los acometió por la espalda y un minuto después, todo aquél que no yacía muerto, aplastado, habíase visto obligado a huir. El Bogo continuó subiendo pisos, en tanto que Colin seguía haciendo estragos con su .lanzarrayos.

Los Korgos se dieron cuenta de que no tenían nada que hacer contra aquella formidable pareja de luchadores, capaces por sí solos de resolver la crítica situación en que se hallaba la espacionave. Obligados a mantenerse a distancia, sus proyectores de metal fundido eran inútiles contra los UF, pero, cuando menos se lo esperaban cambió totalmente el signo de la batalla.

Enfebrecido por el combate, creyéndose seguro, Colin descuidó su retaguardia. No se dio cuenta, pu.es, de que alguien se le acercaba cautelosamente por la espalda y, cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

Se volvió en el mismo instante en que algo duro y pesado se estrellaba contra su frente. Un millón de lucecitas se le aparecieron repentinamente. El lanzarrayos se escapó de sus dedos, fláccidos y sin fuerza de súbito, y luego, sin poderlo evitar, cayó en lo que a él le pareció una negra sima sin fondo. Pero no era más que el suelo de la astronave, contra el que chocó antes de quedarse inmóvil. Ni siquiera pudo escuchar ya el gemido de angustia de una mujer al verlo derribado.

CAPÍTULO IX

Lo primero que vieron los ojos de Colin cuando recuperó el conocimiento fue la inmensa mole del Bogo, tendido melancólicamente a sus pies. Una inextricable maraña de cables lo envolvía casi por completo.

—¡Hola, “Tizón”! Veo que los Korgos no han querido correr el albur de dejarte suelto de nuevo, ¿eh?

—Así es; y tú tienes la culpa, jovenzuelo sin conocimiento — le reprendió la bestia —. Pero me gustaría que pudieras mirarte en un espejo.

Colin se dio cuenta de que estaba de pie y, ante las palabras de Crilar intentó moverse. No lo consiguió empero, porque, adoptando por la fuerza una posición de aspa, se hallaba sujeto a la pared de metal por cuatro sólidas abrazaderas que le ceñían estrechamente muñecas y tobillos.

—¡Por qué me han hecho esto?—inquirió.

—Les pareces un personaje peligroso — le respondió el Bogo con harta flema—. Creo que jamás han tenido los Korgos tantas bajas hasta que se enfrentaron contigo.

—¿Y la vieja?—inquirió Colin. Crilar calló.

—Bueno, ¿por qué no me contestas? —insistió el joven.

—Será mejor que lo averigües por ti mismo — la respuesta enigmática del exápodo llenó de confusión al muchacho, quien, desviando en parte la conversación, murmuró:

—Me gustaría saber cómo consiguieron atarte de tal forma.

—Muy sencillo. Ese solemne traidor de Bu-noth te atacó por la espalda y acto seguido, antes de que me dieran tiempo a intervenir, se te echaron encima un montón de Korgos. Iban ya a llenarte de metal fundido, cuando alguien que parecía un mandamás les ordenó respetarte el pellejo. Pero, cuando se dio cuenta de que yo subía a rescatarte con las intenciones que te puedes suponer, ordenó encararan hacia ti las mangueras. Ello, como es lógico, me detuvo. No podía hacer nada. Ni siquiera utilizar las proyecciones electromentales, porque esas armaduras sólo ceden ante la fuerza física.

—Está bien. ¿Qué piensan hacer con nosotros?

—No lo sé. Esta cámara está energizada exteriormente y, por más que lo intento, no consigo adivinar sus intenciones.

—Sí, y aunque lo supieras, no podrías moverte un solo centímetro — comentó Colin, observando amargamente los tortísimos cables que rodeaban jla bestia por todas partes.

—¿Qué habrá sido de la muchacha?—preguntó al cabo de un prolongado silencio, pues, aunque solamente la había visto un par de veces, habían sido suficientes para que un intenso sentimiento brotara en su corazón hacia ella. La echaba de menos, se dijo con toda franqueza.

—Psé... Habrá corrido la misma suerte que la vieja — rezongó Crilar —. A la momia la cogieron prisionera.

Colin se estremeció ante aquella idea, pero no podía hacer nada. Aun

poseyendo unos músculos desarrollados de una manera privilegiada, sus ligaduras eran harto sólidas para que cedieran un solo milímetro. Y, por otra parte, eran tan justas que hasta le causaban un poco de dolor con su opresión. Se limitó a dejar pasar el tiempo, consciente de su impotencia.

Pero, cuando más desesperanzado se encontraba, cuando sus nervios comenzaban a tensarse y sus pensamientos a alborotarse, haciendo consigo mil cábalas acerca del lugar en que se encontraba, la puerta de la cámara se abrió y un hombre, prudentemente escoltado por media docena de seres por completo idénticos a él, apareció en el vertical rectángulo.

Pasó por el lado de Crilar con evidente aprensión, mirándolo de reojo, procurando poner entre él y la bestia el máximo de espacio, y luego se dirigió hacia el lugar en que sé encontraba el joven. Le bastó oprimir un pulsador para que las abrazaderas cedieran. Colin quedó libre y el Korgo le ordenó secamente:

—¡Síguenos!

Obedeció el muchacho, comprendiendo que no le quedaba otro remedio. Crilar podría resistirlo, pero él moriría instantáneamente con un chorro de metal en fusión. Dio una palmada en un costado de la bestia y salió. El Bogo se limitó a ronronear descontento, aunque no hizo nada por el momento. Podía haber fulminado a la media docena de Korgos, con unas cuantas descargas de su cerebro, mas las consecuencias hubieran sido desastrosas para su protegido, Y, de momento, sondeando las mentes antagonistas, supo que el muchacho no iba a padecer.

La puerta se cerró a espaldas de éste y su escolta se colocó a ambos lados. Colin observó burlonamente que las bocas de los proyectores de metal al rojo estaban encaradas directamente hacia él, pero luego su atención se vio desviada hacia los lugares que atravesaban. Conoció ai momento que no era la espacionave de la Señora, sino alguna de tipo Korgiano, aunque, en síntesis, con pocas diferencias estructurales internas sobre la otra. Pero pronto estuvieron ante una puerta, ante la cual había dos hombres acorazados haciendo la guardia.

Penetraron en la cámara y Colin respingó. Allí estaba la vieja, sentada en un sillón, con guardias de vista, con una expresión de furiosa impotencia en su apergaminado rostro. Sin embargo, ella no era lo más notable de cuanto había dentro; tampoco era el satisfecho Bunoth, sino un hombre joven, apenas un par de años mayor que él y

que lo miró ceñudo en cuanto se hizo presente.

—Dejadlo —ordenó, y los Korgos, cuya figura era enteramente humana, obedecieron.

—Acércate —dijo el jefe supremo de aquellos seres—. Yo soy Korgji, rey de los Korgos.

—Encantado —respondió Colin irónicamente, y el fruncimiento de ceño dé Korgji se acentuó aún más todavía al percibir el tono burlesco de la única palabra de su prisionero.

—Te he llamado para que me digas una cosa.

—Si está en mi mano...—murmuró Colin. No le convenía mostrarse descortés; al menos, por el momento.

La pregunta fue disparada repentinamente, sin previo aviso.

—¿Dónde está la muchacha?

—¿La muchacha? —repitió el joven como un eco.

Luego, —reaccionó y se echó a reir —. Aquí tienes a su abuela. Pregúntaselo a ella.

—Ya lo he hecho, pero me contestó que en el fragor de la lucha se perdió.

—Bueno —contestó Colin cachazudamente—. Cualquiera diría que la astronave en que viajábamos era tan grande como para no saber dónde se encuentra. Lo que sobran son guerreros para encomendarles su búsqueda, ¿no?

—¡Basta! Tú eres el único de ese aparato que habló con ella, aparte de la carroña que está ahí sentada. ¿Dónde está?

—Veo que estás muy informado de todas mis actividades a bordo de la nave Inukri, Korgji — y al pronunciar estas frases miró significativamente a Bu-noth. El hombre rojo desvió su vista, evitando la de Colin. El muchacho se prometió zurrarle en la primera ocasión que tuviera.

—No te importa a ti el medio que me valgo para obtener las informaciones que me interesan. Lo único que te conviene en el momento actual, es decirme dónde se encuentra la muchacha.

—¡Caramba! ¡Vaya pelma! ¿Acaso no he sabido explicarme? No lo sé. Me separé de ella en el momento en que nos atacasteis y ya no la he vuelto a ver.

—¡Mientes!—aulló descompuesto Korgji—. Tú estás enamorado de Tamara; pero no será tuya, sino mía.

—¡Y dale...! —exclamó, impacientándose ya Colin—. ¿Qué me cuentas a mí con que la chica será tuya? ¿Acaso te lo prohíbo?

—No podrías hacerlo — sonrió ferozmente Kcrgji —. Y, en lo sucesivo, evita pronunciar su nombre, porque Tamara será mi esposa y la reina de todos los Korgos.

—Olvidas un detalle, Korgji —replicó burlonamente Colin. Su antagonista lo miró ceñudo.

—¿Un detalle?

—Sí. La vieja —y el terrestre señaló hacia ella, la mujer escuchaba atentamente la conversación, pero ni un músculo de su rostro se había movido. Korgji arqueó una ceja, inquisitivo. Colin prosiguió.

—¿Te ha concedido ella su permiso? No olvides que Tamara es su nieta y la obedece en todo.

—¡Cállate!—gritó Korgji exasperado—. Quieras o no, te haré decir en dónde se encuentra la muchacha.

—Bueno...—comenzó a decir Colin, encogiéndose de hombros, pero en aquel momento, el rey de los Korgos aulló:

—¡Sujetadle! ¡Le obligaré a hablar, aunque le tenga que arrancar la piel a tiras! ¡Has de decirme el lugar en que se esconde Tamara!

Media docena de guerreros Korgos se le echaron encima, impidiéndole todo movimiento, pero Colin continuó sonriendo con toda tranquilidad, y su misma sangre fría hizo hervir la de Korgji.

—Tengo métodos para hacerte hablar aunque ne lo quieras —dijo con fría ferocidad.

—No sé cómo me vas a obligar a declarar una cosa que sencillamente ignoro, Korgji. Y no me queda siquiera el recurso de inventarme un escondite porque en seguida averiguaríais que os he mentido para librarme del tormento, y proseguiría éste. De modo que, la mejor

solución es que sea la vieja quien os lo diga. Dejadme a mí al margen de la contienda, que yo no busqué el venir por los espacios. Harto tranquilo vivia en Bogia, declaró finalmente el muchacho. La mirada del Korgo fue hacia la de la mujer que permanecía imperturbablemente sentada.

—¿No me has mentido antes, cuando dijiste que en el fragor del combate perdiste la pista de Támara?

La vieja sacó un largo cigarrillo y lo encendió antes de contestar:

—Si ese mequetrefe no lo sabe, acaso Bu-noth os pueda dar algún detalle que os ayude en algo. Pero, desde luego, Korgji, si tan emperrado estás en casarte con Tamara, no te arriendo la ganancia. Es la chica más rebelde y más insoportable que he conocido en los días de mi vida.

—¡Eso no te importa a ti, saco d¡e arrugas! — exclamó, cada vez más exasperado, Korgji, y luego su mirada se dirigió a Bu-noth —. Sí. Quizás sí. Tú podrás decirnos algo.

—No... no lo sé... Juro que no la he visto —declaró el Inukri temblando. El rostro del Korgo era una terrible máscara de crueldad, a pesar de su juventud y prometía suplicios sin fin.

—Me es igual. Uno o los dos sabéis donde se encuentra. Y juro que os he de sacar el lugar en que está. ¡Soltad a ese hombre y coged a Bu-noth! ¡Vivo, estúpidos!

Los Korgos obedecieron rápidamente y arremetieron contra But-noth. En el paroxismo de su pánico, éste se dio cuenta de que se hallaba perdido y recurrió a una solución extrema.

Sonó un alarido en la anchurosa cámara. Uno de los guerreros Korgos se desplomó, arrojando torrentes de sangre por la espantosa herida que le había literalmente destripado. Sabiéndola usar la córnea uña del Inukri era un arma de espeluznantes efectos y, apenas sintió But-noth que le ponían las manos encima, se decidió a actuar.

Todavía vibraban en el aire los alaridos del desventrado guerrero, cuando otro comenzó a saltar epilépticamente, llevándose las manos al cuello, en un fútil desesperado intento de contener los torrentes de sangre que brotaban de su yugular seccionada con toda limpieza. Un indescriptible lío de hombres que pugnaban por reducir al irascible Inukri se formó instantáneamente en aquel rincón.

Colin se apartó a un lado, observando complacido la escena, Aquella parte de la cámara era un verdadero pandemónium de brazos y piernas que se agitaban espasmódicamente en inenarrables movimientos. Un Korgo se separó tosiendo agitadamente. Tenía el pecho completamente abierto y ni los huesos del tórax habían sido suficientes para el fulgurante golpe de la uña de Bu-noth. Se desplomó repentinamente. Gritos, alaridos y rugidos, salían indistintamente de la masa de combatientes en la que, ciertamente, el Inukri no era quien llevaba la peor parte.

Colin miró hacia el lugar en que se hallaba Korgji, rodeado de sus principales secuaces. Que los Korgos eran de una raza guerrera y luchadora por naturaleza, se lo demostró el hecho de que todos estuviesen concentrados en la pelea, celebrando los incidentes de la misma con brutales carcaj ádas, que complacían igualmente a su jefe.

Uno de los Korgos se separó con una horrible raja en uno de los lados de la cara. De la sien a la comisura de los labios, toda la mejilla aparecía rasgada profundamente y se veían claramente todos los dientes de aquella mandíbula a través del descomunal desgarrón, Pero, al fin, el Inukri terminó por sucumbir ante el número de sus contrincantes y, sólidamente sujeto, fue empujado hasta hallarse a los pies de Korgji.

—Fuiste un traidor, Bu-noth — dijo éste.

—Pe... pero yo... yo te proporcio... proporcioné la victoria—adujo titubeante el hombre rojo— A no ser por mí, jamás hubierais vencido a este hombre y a su bestia amaestrada.

—¡Crilar no es ninguna bestia amaestrada! ¡Es un ser con forma animal, sí, pero poseedor de una inteligencia cien veces superior a la tuya! —protestó indignado Colin, pero Korgji hizo un gesto y, al momento, tres o cuatro de sus guerreros se abalanzaron sobre el joven sujetándolo sólidamente, de modo que no pudiera hacer el menor movimiento.

—¡Cállate! Tú no puedes hablar si no se te autoriza— le reprendió severamente Korgji, quien continuó—. Está visto que ninguno de los dos quiere decirme dónde se encuentra la muchacha. Perfectamente, Pero, al menos, me serviréis de diversión.

Korgji se inclinó hacia sus adláteres cambiando con ellos unas palabras en tono tan bajo, que no pudieron ser escuchadas por ninguno de los tres prisioneros. Los Korgos celebraron la propuesta de

su rey con grandes risotadas y extremos de júbilo aprobatorio, y los crueles ojos de Korgji miraron alternativamente a Colin y Bu-noth.

El muchacho sintió que un escalofrío le recorría toda la espina dorsal. Adivinó un inminente peligro, pero no pudo discernir su naturaleza. Sin embargo, no tardó mucho en saberlo.

—Puesto que os negáis a decirme el lugar en que se encuentra Tamara, os voy a torturar hasta que lo declaréis —Colin fue a protestar, pero el otro alzó la mano—. No. No te molestes. Aunque me lo dijeras ya, no habría poder en el mundo que consiguiera librarme de mi diversión. Tú y ese cerdo rojo vais a combatir —se dirigió a uno de los jefes de guerreros que tenia a su lado y éste asintió.

Un minuto más tardé, Colin y Bu-noth estaban unidos el uno al otro, por una ligadura sujeta a cada muñeca izquierda. La separación entre ambas era de un metro aproximadamente y a Colin le fue entregado Un corto puñal, de unos diez centímetros de hoja.

—Eso servirá para compensar la falta de una uña en tu pulgar —rio Korgji, ante la idea que se le había ocurrido—.Sólo uno de los dos ha de sobrevivir y...

—¡No! —gritó en aquel momento la Señora, irguiéndose. Su arrugado semblante mostraba los efectos de un verdadero pánico, y sus huesudas manos temblaban harto visiblemente—.

—¡No!—repitió—: ¡Yo os diré dónde se encuentra Tamara, pero soltadlos! ¡No quiero que se vierta más sangre!

Los ojos de Korgji brillaron codiciosamente:

—¡Vaya, vaya! Conque el saco de tibias se ha decidido a hablar por fin, ¿eh?

—Sí —replicó ella firmemente—. Pero suéltalos.

Korgji la miró y luego exhaló una Carcajada:

—¡Vieja momia! —dijo—. Siéntate y déjame divertirme. Muertos o vivos estos dos, tendré a Tamara. y luego tú me dirás cuál es su escondite. ¡Vosotros! A la tercera palmada podéis comenzar el combate.

El lugar había sido despejado de los muertos y heridos resultantes del anterior combate, pero el suelo aún estaba húmedo de la sangre

vertida y Colin se dijo que era una, contingencia que habría de ser tenida en cuenta. Pero, todavía estaba pensándolo, cuando restalló la tercera palmada y, de repente, se vio proyectado hacia Bu-noth, quien había dado un violentísimo tirón del lazo que los unía.

Su reacción, empero, fue tan rápida como su pensamiento. Ayudó con los pies y saltó por encima de la cabeza de su antagonista quien, sorprendido, cayó de espaldas. Colin se incorporó antes y tiró una puñalada que alcanzó al Inukri en un hombro, haciéndolé lanzar un aullido de dolor. Pero, al momento, Bu-noth recuperó el perdido equilibrio con una violenta y ágil contorsión y su uña se dirigió velocísímamente hacia el rostro del joven.

Este adivinó la intención del Inukri: cegarlo y luego rematar la obra. No tenía más que una alternativa, y, aunque dolorosa, hubo de ser escogida: poner el brazo, en el cual apareció una raya encarnada. Colin se mordió los labios para no gritar, y en la décima de segundo siguiente, su corto puñal buscó al descubierto cuello de su enemigo.

Le repugnaba claramente el matar, pero se dijo que no tenía otro remedio. Sintió cómo el acero penetraba en la blanda carne, horadando cartílagos y tendones, y Bu-noth gorgoteó horriblemente, en tanto que sus ojos giraban de una manera espantosa.

Emitió una serie de roncos e inarticulados sonidos y de repente, sus músculos se aflojaron. Cayó al suelo y Colin cortó de un solo tajo el lazo que aún le unía al cadáver.

Percibió el suspiro de alivio que emitió la vieja:

—¡Uf! ¡Menos mal! Creí que ese cerdo rojo iba a salirse con la suya.

—Sí. Pero no creo que te hubiera importado mucho que fuera yo el muerto.

—¿Quién sabe? Después de todo, tú eres un hombre, ¿no?

—A veces lo dudo — replicó él, sin mirarla, terminando de soltarse el trozo de ligadura que aún tenía atado a la muñeca. Lo dejó caer y, de repente, obró de una manera inesperada por completo.

Pues, girando en redondo velocísimamente, echó su brazo hacia atrás, para dispararlo en el segundo inmediato. El corto puñal hendió el aire, en dirección al pecho de Korgji, quien, sin embargo, no se dejó sorprender por aquella insólita reacción del terrestre.

Tenía al lado uno de sus jefes y, asiéndolo por uno de sus brazos, tiró hacia sí de él, con el tiempo justo para que el acero se clavara hasta el pomo en su pecho. El hombre lanzó un sonoro berrido y, enderezándose rígidamente, estirando los pies, trató en vano de arrancarse el arma, para desplomarse acto seguido al suelo. Colin, furioso por el fallo de su intentona, se abalanzó hacia el rey de los Korgos, sin poder conseguir su propósito, porque le fue cerrado el paso por una cohorte de sus secuaces, que lo aprisionaron sólidamente.

Korgji se levantó de su asiento:

—Está bien. No dejo de reconocer que eres un; valiente, pero también hay que decirlo todo. No me sirves para nada y puesto que no sabes o no quieres decirme dónde está la chica y, en cambio, aquí hay quien me descubrirá su paradero, tú desaparecerás. ¿Para qué te quiero ya?

—¡Tú no harás eso!—gritó en aquel momento la momia, abriéndose paso entre los Korgos — O, de lo contrario, me negaré en redondo a decirte lo que tanto te interesa.

Korgji la miró sorprendido, mas no tardó en soltar la carcajada:

—¡A ver! ¡Los proyectores de metal en fusión! —pidió, y a Colin se le erizaron los cabellos al conocer el horrible fin que le aguardaba.

CAPÍTULO X

Crilar estaba en reposo, pero solamente muscular. Su cerebro trabajaba activamente, aunque no podía obtener ningún resultado práctico, ya que los Korgos, conscientes del terrible poder de su mente, habían procurado aislarlo energéticamente. De modo que todos los disparos que lanzaba rebotaban indefectiblemente contra la coraza externa de la cámara en la cual había sido encerrado.

Se había dejado amarrar por evitarle ningún daño a su protegido. Solamente con esa condición había fingido que la gruesa red de cables fabricados a bordo de la nave, con harto apresuramiento, era efectiva contra sus descomunales fuerzas. Pero ya había pasado demasiado tiempo desde que se llevaran a Colin, por lo que la vaga alarma que

sintió desde aquel momento comenzó a crecer razonablemente.

¡Crack!...

El primer cable saltó apenas se lo propuso Crilar. El ruido apenas si fue mayor que el de una cuerda de violón rota y los sensibles oídos del Bogo agudizaron sus percepciones. No oyendo nada de particular, rompió otro cable y luego dos o tres más, hasta que tuvo la suficiente libertad de movimientos como para desenredarse por sí mismo. Cinco minutos después, algo así como dos toneladas de cables perfectamente inútiles yacían en confuso montón en el suelo en tanto que Crilar meditaba sobre lo que debía hacer. Tenía que salir de allí: ese era su problema. Pero también tenía una masa enorme, y no era por las dificultades, que no las había, en moverla, sino por la gran visibilidad de su corpachón.

"suspiró" resignadamente. Retrocedió hasta hallarse en la pared frontera y luego giró de modo que la parte trasera de su cuerpo estuviera orientada hacia aquel punto. Luego tomó ímpetu y en dos saltos se plantó ante aquel obstáculo.

El encontronazo fue formidable y Crilar se llevó un chasco mayúsculo. Contra lo que esperaba, la puerta, aun combándose de una forma atroz, resistió perfectamente. Pero el ruido, así como la conmoción provocada en aquel sector de la espacionave; habían sido excesivos, y gritos de alarma comenzaron a escucharse en el exterior»

—¡El Bogo! ¡El Bogo!

—¡Intenta escaparse!

—¡Los proyectores de metal líquido!

—¡Avisad al rey Korgji!

¡BUUUM! ¡BUUUMMM...!

La tercera arremetida hizo saltar finalmente la espesísima puerta, que hubiera resistido inconmovible los efectos de una granada nuclear de tipo medio. A pesar de su reconocida dureza, Crilar hubo de decirse que aquella era una de las pocas veces que había sentido el dolor. Pero lo despreció y tanteó el ambiente con sus disparos electromentales hasta establecer contacto con el cerebro de su protegido.

Le bastó medio segundo apenas para darse cuenta de la crítica situación en que se encontraba. Sin embargo, su atención fue

reclamada de inmediato por una turba de ululantes Korgos que se precipitaban sabré él, disparándole encarnizadamente proyectiles atómicos de calibre reducido, como igualmente ríos de metal incandescente.

Sacudió la cabeza. El ataque era intenso, pero lo resistió. Se lanzó hacia adelante inconteniblemente, arrollando sus enemigos como si fueran frágiles figurillas de barro. Uno de los guerreros empujados cayó revolcándose, sin que su mano, en el natural nerviosismo del momento, dejara de oprimir el disparador de su proyector y el río de metal ardiente abrasó unos cuantos compañeros suyos, que exhalaron desgarradores aullidos.

Las balas micronuclearés chasqueaban incesantemente, llenando el ambiente con sus mortíferas radiaciones. Pero al Bogo todo le daba igual. Sembrando la muerte y la destrucción por doquiera que pasaba, fue ganando terreno.

Allá arriba, un joven terrestre esperaba, no resignado, pero sí valientemente, su horrible suerte. Sujeto por unos cuantos Korgos, quienes escuchaban ligeramente nerviosos el estrépito que les llegaba de los pisos inferiores, no podía hacer otra cosa que someterse a la despótica suerte que le había sido señalada. La distancia era aún demasiada para que las proyecciones mentales del Bogo hicieran algún efecto entre los esbirros que lo mantenían sólidamente.

Una transmisión de Crilar le infundió algún aliento, pero se dijo que ya era demasiado tarde. A pesar de todo el jaleo, dos hombres, equipados con sendos lanzadores de metal en fusión acababan de penetrar. Korgji dio la orden fatídica:

—¡Soltadlo! ¡Que corra! —rio siniestramente—. ¡Veremos dónde es capaz de llegar!

Pero en el mismo momento, cuando aún las manos de los Korgos no habían ejecutado la orden impartida, una voz cascada detuvo a todo el mundo.

—¡Quietos!—gritó la mujer, dirigiéndose acto seguido al jefe de aquellos hombres, quien la miró con evidente sorpresa. Prosiguió—: Si te digo dónde está la muchacha, si te prometo, en nombre de ella, entregártela inmediatamente, ¿soltarás al joven? ¿Le concederás la vida?

Korgji se rascó la barbilla pensativamente.

—¿Qué garantías me das, rollo de pergamino?

—No tienes ninguna opción. Siempre, si no cumpliera mi promesa, estarías a tiempo de matarlo.

—Pues...—Korgji se echó a reir—. Sí. Creo que sí; acabaré por aceptar el pacto.

—¡No!—gritó el muchacho—. ¡No quiero que hagas tal! Tamara correrá una suerte espantosa. ¿Crees que sé merece el vivir junto a ésa bestia inhumana?

El Korgo palideció ante el insulto. Fue a hablar, pero recordó oportunamente su promesa. Rio tranquilamente:

—Las palabras sólo hacen daño cuando uno quiere. Y las tuyas no están en condiciones de perjudicar a nadie —se dirigió hacia la mujer —: Trato hecho. Tamara por la vida de ese insolente.

—Recuerda que es promesa de rey — le advirtió ella, pero en aquel momento, el joven se aprovechó del relativo descuido que hacia él tenían sus custodios. El ruido que promovía su fiel Crilar se acercaba por momentos.

Tomó uno de los Korgos por el brazo, arrojándolo contra los que sostenían los proyectores de metal líquido. Ambos guerreros, sorprendidos, cayeron al suelo, en confuso montón junto con el proyectil humano que los acababa de derribar y a uno de ellos se le disparó la boca de la manguera.

Un olor insoportable a carne quemada se expandió instantáneamente por la cámara. Gritos de dolor y de pánico se elevaron cuando el ardiente chorro comenzó a abrasar las carnes y, dado que el rojo y espeso líquido continuaba saliendo, ninguno se atrevió a acercarse a los tres desgraciados, que se consumían, ardiendo vivos.

Los restantes intentaron acercarse y recapturar a Colin, pero éste hizo un buen uso de sus músculos. Derribó a dos de ellos de sendos puñetazos y cargó con otro, cuyo cuerpo sujetó con los brazos en alto. Lo dejó caer, al mismo tiempo que levantaba su rodilla. La columna vertebral del Korgo crujió de una manera espantosa y el guerrero quedó exánime en el suelo

Colin se aprovechó de la espantosa confusión reinante en aquel lugar. Cogió a la mujer en brazos e intentó salir fuera, pero en aquel mismo instante, lívido de rabia, Korgji se les echó encima. Llevaba en la

mano una pistola nuclear, pero no se atrevió a utilizarla porque hubiera sido matarse a sí mismo con el estallido del proyectil. En lugar de ello la alzó, tratando de usarla como una maza sobre el cráneo del muchacho.

Pero la mano de la vieja, movida con increíble agilidad, y en la que sostenía todavía el pesado bastón de oro y diamantes, cayó sobre la armada muñeca, evitando así el golpe mortífero. Korgji se tambaleó y estuvo a punto de caer, en tanto que lanzaba un aullido de dolor y rabia al mismo tiempo. La pistola atómica rebotó metálicamente contra el suelo.

Y, en el mismo instante, ocurrió algo extraño, completamente inesperado. Para no caer, Korgji se agarró instintivamente a lo primero que encontró a mano y que no fue otra cosa que el hombro de la mujer.

Pero solamente pudo asir parte del anticuado traje que ella usaba habitualmente. La tela se desgarró y salió a la superficie la nacarada brillantez de un.hombro juvenil de perfecto diseño.

El Korgo lanzó un rugido de rabia. Comprendió instantáneamente la burla y el engaño de que había sido objeto. Comprendió que la muchacha no había estado escondida jamás en alguna parte, sino que, desde el primer momento en que se apoderara de la espacionave Inukri, la había tenido al alcance de la mano, y un ronco sonido inhumano brotó de sus labios.

Perdió todo el control de sí mismo. La razón se le nubló y lo vio todo rojo. Ya no le importó el hacerla su mujer. Desechó automáticamente tales pensamientos. En su cerebro creció desmesuradamente una sola idea: la de la venganza a toda costa. Había sido burlado ignominiosamente y aquellos dos seres habían de perecer.

Sin embargo, también el joven apreció de una ojeada la crítica situación. Korgji sería un elemento mucho más peligroso en aquella especie de locura que con su razón en su normal estado. Se apresuró a dejar a la muchacha en el suelo y se abalanzó sobre su contrincante quien, loco de rabia, se había inclinado sobre la pistola, empuñándola decididamente, sin importarle el hecho de que él también pudiera morir a consecuencia de la explosión del proyectil.

Durante unos cuantos momentos, ambos contendientes forcejearon de una mañera espantosa. Uno de aquellos Korgos a quienes Colin derribara a puñetazos se levantó, dispuesto a ayudar a su señor, pero

Tamara se le anticipó. Recogiéndose la larga falda con una mano, con la otra golpeó y lo hizo duramente. El puño del bastón cayó sobre el cráneo del guerrero, produciendo un escalofriante sonido de huesos rotos. El hombre se derrumbó como un saco vacío.

En aquel momento, Colin y su antagonista retrocedieron simultáneamente. El primero porque acababa de recibir un violento rodillazo en pleno vientre que le había hecho doblarse sobre sí mismo, sujetándose con las manos la región afectada. El otro por el violento puñetazo en pleno tórax que, sin embargo, no le había hecho perder el conocimiento, ni soltar el arma.

La pistola se encaró hacia el vacilante Colin, quien apreció de una ojeada que no tendría tiempo de lanzarse hacia adelante e impedir el mortífero disparo. Tamara gritó y, al mismo tiempo, no pudiendo hacer otra cosa, arrojó su bastón con todas sus fuerzas hacia el Korgo. Éste lo vio venir y lo desvió con toda facilidad, con una sardónica sonrisa de satisfacción en los labios. Levantó de nuevo la pistola.

Pero no pudo llegar a dispararla. Un ronco y espeluznante sonido se percibió en aquel preciso instante, y Korgji sorprendido volvió la cabeza. El aullido de crilar volvió a sonar, con una intensidad aterradora.

Las piernas del Korgo se le volvieron en un segundo de blanda mantequilla. Sabía que todo era inútil, mas no por ello dejó de oprimir el gatillo. El arma chasqueó y de su boca salió un cegador destello amarillo verdoso. Pero ya el Bogo estaba encima. Irresistiblemente lanzado con la terrorífica potencia de sus doce toneladas.

Crilar podía haber fulminado al jefe Korgo con una proyección electromental, mas no lo quiso así. Seguro de que no se le escapaba, exigió a sus músculos un último y definitivo impulso.

Korgji aulló desesperadamente cuando vio que aquella enorme mole se le echaba encima. Dándose cuenta de que todo cuanto hiciera era ya perfectamente inútil, arrojó la pistola y se cubrió el rostro con las manos, en un gesto absolutamente pueril. Crilar cayó sobre él.

Cuando se separó, Korgji no era más que una masa de carne aplastada y sanguinolenta, irreconocible por completo. Y Colin dedicó todas sus atenciones a la muchacha y luego a los supervivientes de la matanza.

Desaparecido su rey, dándose cuenta de que tenían que enfrentarse con dos seres invencibles, los restantes Korgos hicieron acto de sumisión. Atentamente vigilados por el propio Crilar, la nave viró en

redondo, encaminándose hacia Bogia.

Tamara comenzó por despojarse de las ropas:

—¡Uf! —exclamó—. Menos mal que ya se acabó esta molestia —y su acento era harto satisfecho.

Luego se arrancó la máscara que cubría su hermosísimo rostro. La cofia también cayó al suelo. Y la arrugada falsa piel de las manos también siguió el mismo camino. Colin aguardó a que ella se explicara.

—Todos mis antepasados fueron terrestres — comentó a decir la muchacha.

—Ya me lo suponía — murmuró él.

—¿Cómo? — el tono de la joven era harto sorprendido.

—Muy sencillo. Los UF. Solamente un terrestre era capaz de producirlo. Y tu aparato los lanzaba en formidables cantidades. Pero, prosigue. Hay otras cosas que me interesan más. Por ejemplo: el porqué de tu doble personalidad.

—Tiene una fácil explicación. Mis padres y mis abuelos murieron en una gran catástrofe que hubo en Inukrea. Solamente quedó mi bisabuela, también llamada Tamara, igual que yo, y que era la Señora, así denominada por antonomasia. No tenía otro tratamiento y a nuestra familia correspondió siempre el gobierno de aquel planeta. Muertos mis padres, a ella correspondió mi educación. Crecí con el tiempo, pero la otra Tamara seguía un camino inverso: se agotaba lentamente. Es la inexorable ley del tiempo. A pesar de los progresos geriátricos, ciento cincuenta años son demasiados. Por otra parte, el gobierno del planeta la daba demasiados sinsabores. Estallaron algunas revueltas que fueron contenidas difícilmente. Solamente gracias a su infinita astucia, prometiendo a los que combatían a los rebeldes los puestos de éstos, ya que quienes se alzaban generalmente contra mi bisabuela eran Inukris de las castas más elevadas, pudo mantenerse en el poder. Pero, aunque vagamente, también habían llegado a la Décimocuarta Galaxia rumores de la sublevación de las restantes contra el llamado tiránico poderío terrestre.

—Era una fábula. Todo pura envidia —cortó Colin, impetuosamente. Ella le sonrió encantadoramente.

—Lo sé, querido, lo sé —dijo—. Era inevitable que fueran captadas

algunas emisiones de superradio y así se iba incubando el descontento. Se cometieron algunos asesinatos de terrestres, pero fueron pocos y, además, nuestro número era muy escaso. No abundábamos mucho en la Décimocuarta Galaxia. Pero el tesón indomable de mi bisabuela consiguió mantener la paz hasta hace unos pocos años. Era demasiado prestigio el que tenía entre los Inukris y su asesinato, entonces, hubiera resultado contraproducente.

—¿Y bien?

—Entonces, cuando menos lo esperábamos, sufrió una agravación en su agotamiento. Supo que le quedaban poquísimos días de vida y no titubeó en decírmelo. Apenas si tenía yo quince años, pero mi formación intelectual estaba muy adelantada. De modo que, siguiendo fielmente sus instrucciones, a veces ayudada por ella, fabriqué la máscara y los guantes que luego, con el tiempo y la ayuda de fotografías suyas, fui perfeccionando.—La muchacha suspiró aliviada. — Era muy dura aquella doble vida.

—Pero al fin terminó. Ahora que...—Colin sonrió—. ¡Hay que ver el lenguaje que usabas...!

—No me quedaba otro remedio. —Tamara enrojeció y bajó sus ojos avergonzada— formaba parte de mi papel. Mi bisabuela fue siempre terriblemente mal hablada, — Y luego miró al muchacho un tanto acusadoramente. — Tú supiste en seguida que yo no era el personaje que representaba.

Colin se echó a reir:

—¡Naturalmente! Se te escapó un detalle: las orejas. Los lóbulos no estaban ocultos por la máscara y correspondían a los de una jovencita de dieciocho a veinte años. Después estaba Crilar, que te sondeó la mente en una ocasión que tuvo y, bueno, ¿para qué seguir? Pero me faltan algunas cosas que aclarar.

—Veamos — dijo ella sencillamente.

—¿Cómo es que viniste por mí?

Tamara inclinó su cabeza y no respondió. Él comprendió perfectamente, estrechándola entre sus brazos. Luego continuó:

—¿Y Korgji? ¿Por qué te ambicionaba?

—Por lo visto, se hallaba de acuerdo con Bu-noth. Éste le habló de mí

y… Bien, el resto ya lo sabes.

Dejaron que los Korgos se marcharan con su nave, prudentemente desarmada. Los súbditos de Crilar los rodearon satisfechos atronando el espacio con sus trompetazos de júbilo.

Los días pasaron, pero al fin llegó el momento tan temido: el de la marcha. Debían abandonar Bogia. Crilar se lo aclaró:

—Vuestra obligación es volver a la Tierra. Debéis repoblarla de nuevo, volverla a la vida. No estaréis solos, ni seréis la primera pareja que llegue allí. Las Galaxias se han dado cuenta de la tremenda estupidez que cometieron y no harán ningún daño a todo terrestre que desee retornar a su planeta.

—¡Caramba! Sabes demasiadas cosas — exclamó Colin, atónito.

—Mientras que vosotros… ¡ejem! —el Bogo imitó el carraspeo de una persona que no se atreve a abordar determinado tema—. Bueno, el caso es que los generadores de “Can Mayor” han estado funcionando a la perfección durante todos estos años, y he captado demasiadas emisiones de radio para no estar enterado de cuanto ocurre por los espacios. Podréis viajar, pues, con absoluta tranquilidad. Nadie os molestará lo más mínimo.

—¿Y tú? — preguntó, con un hilo de voz apenas, Colin.

—Mi deber consiste en quedarme junto a mi pueblo. Además — procuró parecer alegre y chancero— ¿qué diablos va a hacer una bestia de seis patas en la Tierra? No. No tengo ganas de ser exhibida en una feria.

Se remontaron una mañana después de haberse despedido de la tumba de sus padres. Iban los dos solos, pero felices, ambos habían encontrado cuanto buscaban: el amor.

Atravesaron incontables años-luz en su velocísimo viaje que, no obstante, no les consumió más de dos años-tiempo terrestres. Y, al fin, la redonda y plateada bola aue era el viejo planeta Tierra se les apareció en la pantalla ocupándola totalmente. Colin había visto demasiados “films” y no pudo por menos de emocionarse. Rodeó con su brazo los esbeltos hombros de la muchacha.

—¡Ahí la tienes, Tamara!—musitó.

—En ese mundo viviremos y moriremos, Colin. Y nuestros hijos y los

hijos de ellos, hasta que el Sol se apague.

—Sí. Pero, entretanto, nosotros retornamos a nuestro paraíso, del que nunca debimos salir.

FIN

[1] Intelligence…, etc.